

LA ÚNICA ESPERANZA

Ellen G. White



Prefacio una historia conmovedora

La Historia de la vida terrenal de Jesús nuestro Salvador se halla escrita en toda manifestación de la naturaleza, en cada fase de la experiencia humana, en cada acto de la vida. Nunca podremos captar plenamente cuán profunda es la impresión de la vida de Jesús de Nazaret y cuán amplia es su influencia. Recibimos toda clase de bendiciones debido a la conexión entre el cielo y la tierra, unión que se restableció cuando el Señor de la gloria asumió la defensa de un mundo perdido en el pecado.

Esta conmovedora historia ha sido contada muchas veces con elocuencia, pero puede relatarse mejor en un lenguaje simple. El espectáculo maravilloso no necesita colorido humano. Su gloria sobrepasa el arte de los hombres y brilla en forma más refulgente con su lustre propio.

En estas páginas no se hace ningún esfuerzo para producir un embellecimiento artificial. La sencilla historia, tal como la relata alguien que es conmovido por un profundo sentimiento de las proporciones infinitas del tema, ha sido puesta en lenguaje juvenil. En su sencillez no solamente habla a los corazones de los jóvenes y los adultos, sino que satisface el deseo expresado por todos los seres humanos.

Ojalá que esta obra sea aceptada con la misma simplicidad y pureza de fe.

Capítulo 1

El nacimiento de Jesús

En la pequeña ciudad de Nazaret, situada entre las colinas de Galilea, se hallaba el hogar de José y María, conocidos más tarde como los padres terrenales de Jesús.

José era del linaje o de la familia de David, de manera que cuando se promulgó el decreto para realizar un censo del pueblo, tuvo que ir a Belén, la ciudad de David, para hacer inscribir su nombre. Fue un viaje penoso, teniendo en cuenta la forma de viajar de aquellos tiempos. María, que iba con su esposo, se sentía muy cansada al ascender la colina sobre la cual se levantaba Belén.

¡Cuánto anhelaba tener un lugar cómodo para descansar! Pero las posadas ya estaban llenas. Los ricos y orgullosos estaban bien atendidos, mientras que estos humildes viajeros debían encontrar descanso en un rústico albergue de ganado.

José y María tenían pocas riquezas terrenales, pero poseían el amor de Dios, y esto los hacía ricos en contentamiento y paz. Eran hijos del Rey celestial que estaba por conferirles un honor maravilloso.

Los ángeles los habían guiado mientras se hallaban de viaje, y cuando llegó la noche, y fueron a descansar, no se sintieron solos: los mensajeros celestiales todavía estaban con ellos.

Allí, en ese humilde albergue, nació Jesús, el Salvador, y fue colocado en un pesebre. En esa rústica cuna descansaba el Hijo del Altísimo, aquel

cuya presencia había llenado los atrios del cielo con su gloria.

Antes de venir a la tierra, Jesús era el Comandante de las huestes angelicales. Los más brillantes y exaltados de los hijos de la mañana proclamaban su gloria en la creación. Velaban sus rostros ante él cuando se sentaba en su trono. Echaban sus coronas a sus pies y entonaban sus cánticos de triunfo cuando contemplaban su grandeza.

Sin embargo, este Ser glorioso amaba al pobre pecador y tomó la forma de un siervo, para sufrir y morir por nosotros.

Jesús podría haber permanecido al lado del Padre, luciendo la corona y el manto reales; pero por nuestra causa escogió cambiar las riquezas del cielo por la pobreza de la tierra.

Por amor a nosotros aceptó una vida de privaciones y una muerte vergonzosa. Prefirió dejar a los ángeles que lo amaban y abandonar su puesto de Comandante supremo. Eligió cambiar la adoración de la hueste angelical por las burlas y el escarnio de los hombres malvados.

Jesús hizo todo esto para mostrarnos cuánto nos ama Dios. Vivió sobre la tierra para enseñarnos cómo hemos de honrar a Dios por la obediencia a su voluntad. Lo hizo para que, siguiendo su ejemplo, podamos finalmente vivir con él en su hogar celestial.

Ángeles y pastores

Los sacerdotes y gobernantes judíos no estaban listos para darle la bienvenida. Sabían que el Salvador vendría pronto, pero lo esperaban como un rey poderoso que los haría ricos y grandes. Eran demasiado orgullosos para pensar en el Mesías como un niño indefenso.

De manera que cuando Cristo nació, Dios no se lo reveló a ellos. Envió las buenas nuevas a algunos pastores que cuidaban sus rebaños en las colinas cercanas a Belén.

Eran hombres tan buenos que, mientras guardaban sus ovejas de noche, hablaban acerca del Salvador prometido y oraban fervientemente por su venida, Dios envió mensajeros resplandecientes desde su propio trono de luz para darles esa noticia.

"Y se les presentó un ángel del Señor y la gloria del Señor los rodeó de resplandor, y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo:

"--No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.

"Repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios y decían:

'¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!'

"Sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros:

"--Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos ha manifestado.

"Vinieron, pues, apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al

niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del niño. Todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían. Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón". Lucas 2:9-19.*

Capítulo 2

Jesús es presentado en el templo

José y María eran judíos, y seguían las costumbres de su nación. Cuando el niño cumplió seis semanas, lo llevaron al templo de Jerusalén para presentarlo ante el Señor.

Esto lo hacían de acuerdo con la ley que Dios había dado a Israel, y Jesús debía ser obediente en todas las cosas. Así, el propio Hijo de Dios, el Príncipe del cielo, con su ejemplo enseñó que debemos obedecer.

Sólo el primogénito de cada familia debía ser presentado en el templo. Esta ceremonia rememoraba un suceso ocurrido mucho tiempo antes.

Cuando los hijos de Israel eran esclavos en Egipto, el Señor les envió un libertador. Le pidió que fuera ante el faraón, rey de Egipto, y dijera:

"Entonces dirás al faraón: 'Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva; pero si te niegas a dejarlo ir, yo mataré a tu hijo, a tu primogénito". Éxodo 4:22, 23.

Moisés le llevó este mensaje al rey. Pero la respuesta del Faraón fue: "¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel". Éxodo 5:2.

Entonces el Señor envió plagas terribles sobre los egipcios. La última de ellas consistía en la muerte del primogénito de cada familia, desde la del rey hasta la del más humilde habitante del país.

El Señor le dijo a Moisés que cada familia israelita debía matar un cordero y poner un poco de la sangre sobre los postes y el dintel de las puertas de sus moradas.

Esta era una señal para que el ángel de la muerte pasara por alto las casas de los israelitas, y destruyera solamente a los orgullosos y crueles egipcios.

Esta sangre de la "Pascua" representaba para los judíos la sangre de Cristo. A su debido tiempo, Dios mandaría a su querido Hijo para ser sacrificado como cordero, con el fin de que todos los que creyeran en él pudieran ser salvos de la muerte eterna. Cristo se denomina nuestra Pascua. 1 Corintios 5:7. Por su sangre, por medio de la fe, somos redimidos. Efesios 1:7.

Así, cada vez que una familia de Israel llevaba a su primogénito al templo, debía recordar que esos hijos habían sido protegidos de la plaga y que todos podían salvarse del pecado y la muerte eterna. El hijo presentado en el templo era tomado en los brazos del sacerdote y levantado delante del altar.

De esta forma era solemnemente dedicado a Dios. Después de devolvérselo a la madre, inscribía su nombre en el rollo, o libro, que contenía los nombres de los primogénitos de Israel. Así todos los que son salvos por la sangre de Cristo tendrán sus nombres escritos en el libro de la vida.

José y María llevaron a Jesús ante el sacerdote como lo exigía la ley. Como todos los días padres y madres iban con sus hijos, en José y María el sacerdote no vio nada distinto de muchos otros. Eran sencillamente gente de trabajo.

En el niño Jesús vio tan sólo a una criatura indefensa. Aquel sacerdote no se imaginaba que tenía en sus brazos al Salvador del mundo, al Sumo Sacerdote del templo celestial. Pero podría haberlo sabido, porque si hubiera sido obediente a la Palabra de Dios, el Señor se lo hubiese revelado.

Ana y Simeón

En ese mismo momento se encontraban en el templo dos de los verdaderos siervos de Dios: Simeón y Ana. Ambos habían envejecido en el servicio que realizaban para el Señor, quien les había revelado cosas que no podían ser manifestadas a los orgullosos y egoístas sacerdotes.

A Simeón le había prometido que no moriría hasta que hubiera visto al Salvador. Tan pronto como vio a Jesús en el templo, supo que era el prometido.

Sobre el rostro de Cristo había una suave luz celestial, y Simeón, tomando al niño en sus brazos, alabó a Dios y dijo:

"Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel". Lucas 2:29-32.

Ana, una profetisa, "presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén". Lucas 2:38.

Así es como Dios elige a personas humildes para ser sus testigos y con frecuencia pasa por alto a aquellos a quienes el mundo llama grandes. Muchos son como los sacerdotes y gobernantes judíos: están ávidos de

servirse y honrarse a sí mismos, pero piensan poco en servir y honrar al Creador. Por lo tanto, Dios no puede elegirlos para hablar a otros de su amor y misericordia.

María, la madre de Jesús, meditó mucho en la importante profecía de Simeón. Al mirar al niño que tenía en sus brazos, recordó lo que los pastores de Belén habían dicho y se llenó de gozo agradecido y de luminosa esperanza.

Las palabras de Simeón trajeron a su memoria la profecía de Isaías. Sabía que las siguientes expresiones maravillosas se referían a Jesús:

"El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; a los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos.

"Porque un niño nos ha nacido, hijo nos ha sido dado, y el principado sobre su hombro. Se llamará su nombre 'Admirable consejero', 'Dios fuerte', 'Padre eterno', 'Príncipe de paz'. Isaías 9:2, 6.

Capítulo 3

La visita de los magos

Dios Quería que la gente supiera que Cristo estaba por venir a la tierra. Los sacerdotes debían haber enseñado al pueblo a esperar al Salvador; pero ni ellos mismos se enteraron de su venida.

Por eso Dios envió a sus ángeles para anunciar a los pastores que Cristo había nacido y dónde podían encontrarlo.

De la misma manera, cuando Jesús fue presentado en el templo, hubo quienes lo recibieron como Salvador. Dios había preservado la vida de Simeón y de Ana, para darles el gozoso privilegio de testificar que Cristo era el Mesías prometido.

Dios quiso que otros, además de los judíos, supieran que Cristo había venido. En un lejano país del Oriente vivían unos sabios que, al estudiar las profecías acerca del Mesías, creían que su venida estaba cerca.

Los judíos los llamaban paganos; sin embargo no eran idólatras. Eran hombres sinceros que deseaban conocer la verdad y hacer la voluntad de Dios.

Como el Señor conoce el corazón, sabía que estos hombres eran dignos de confianza. Estaban en mejores condiciones de recibir luz del cielo que los sacerdotes judíos, llenos de egoísmo y orgullo.

Estos hombres eran filósofos. Habían estudiado la obra de Dios en la naturaleza y por ello aprendieron a amarlo. Habían estudiado las estrellas, y

conocían sus movimientos.

Les gustaba observar los cuerpos celestes en su marcha nocturna. Y si descubrían una nueva estrella, celebraban su aparición como un gran acontecimiento.

En aquella noche, cuando los ángeles se presentaron a los pastores de Belén, los sabios notaron una luz extraña en el cielo: era la gloria que rodeaba a la hueste angelical.

Cuando esa luz se disipó, vieron en el cielo lo que parecía ser una estrella nueva. Inmediatamente pensaron en la profecía que dice: "Saldrá estrella de Jacob, se levantará cetro de Israel". Números 24:17.

¿Acaso esa estrella era una señal de que había venido el Mesías? Decidieron seguirla y ver adónde los dirigía. Los guió hasta Judea, pero, cuando llegaron cerca de Jerusalén, la estrella se empañó tanto que ya no podían seguirla.

Suponiendo que los judíos inmediatamente los conducirían al Salvador, los sabios fueron a Jerusalén y preguntaron: "¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Pues su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarlo.

"Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él. Y, habiendo convocado a todos los principales sacerdotes y escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Ellos le respondieron: En Belén de Judea, porque así fue escrito por el profeta". Mateo 2:2-5.

A Herodes no le gustó oír acerca de un rey que algún día tomaría su trono. Por eso se entrevistó a solas con los sabios y les preguntó cuándo

habían visto la estrella por primera vez. Entonces los envió a Belén diciendo: "Id allá y averiguad con diligencia acerca del niño y, cuando lo halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya a adorarlo". Mateo 2:8.

Cuando los sabios lo oyeron, continuaron su viaje. "Y la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que, llegando, se puso sobre donde estaba el niño". Mateo 2:9.

"Al entrar en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose lo adoraron. Luego, abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra". Mateo 2:11.

Los sabios ofrecieron al Salvador las cosas más preciosas que poseían. En esto nos dieron un ejemplo. Muchos hacen regalos a sus amigos, pero no tienen nada para el Amigo celestial, de quien reciben todas las bendiciones. No tenemos que hacer esto, sino que debemos llevar a Cristo lo mejor de todo lo que poseemos: nuestro tiempo, nuestro dinero y nuestro amor.

También hacemos regalos a Jesús cuando damos de nuestros recursos para consolar a los pobres y para enseñar a la gente acerca del Salvador. Así podemos ayudar a salvar a aquellos por quienes él murió. Esos son los dones que Cristo bendice.

Capítulo 4

Huida a Egipto

Herodes no fue honesto al decir que quería ir a adorar al niño. Temía que Jesús llegara a ser rey y le quitara su reino. Lo que en realidad deseaba era encontrar al niño para hacerlo matar.

Los sabios se prepararon para regresar y contarle todo a Herodes. Pero el ángel del Señor se les apareció en un sueño y los envió de regreso a su tierra por otro camino.

"Después que partieron ellos, un ángel del Señor apareció en sueños a José y le dijo: 'Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Permanece allá hasta que yo te diga, porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo". Mateo 2:13.

José no esperó hasta la mañana; se levantó y con María y el niño emprendió esa misma noche un largo viaje.

Con los regalos muy costosos que los sabios ofrecieron a Jesús, Dios proveyó para los gastos del viaje y para su permanencia en Egipto, hasta que regresaran a su propia tierra.

Herodes se enojó mucho cuando llegó a saber que los sabios habían vuelto a su país por otro camino. Sabía lo que Dios había dicho por medio de su profeta acerca de la venida de Cristo.

Sabía también que la estrella había sido enviada para guiar a los sabios. A pesar de ello estaba resuelto a destruir a Jesús. En su ira envió soldados

para matar "a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores". Mateo 2:16.

¡Qué extraño es que un hombre luche contra Dios! ¡Qué terrible escena debe haber sido la de la muerte de los niños inocentes! Herodes había hecho antes muchas cosas crueles; pero su vida malvada no duraría mucho tiempo. Pronto murió de una muerte terrible.

José y María permanecieron en Egipto hasta después de la muerte de Herodes. Entonces el ángel se le apareció nuevamente a José y dijo: "Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel, porque han muerto los que procuraban la muerte del niño". Mateo 2:20.

José deseaba establecer su hogar en Belén, donde Jesús había nacido; pero al llegar cerca de Judea, se enteró de que un hijo de Herodes reinaba en lugar de su padre.

La noticia le dio miedo y no supo qué hacer; por eso Dios le envió otra vez a un ángel para instruirlo. Siguiendo las indicaciones del mensajero celestial, José regresó a su antiguo hogar de Nazaret.

Capítulo 5

La infancia de Jesús

Jesús pasó toda su niñez en una pequeña aldea montañesa. Como era el Hijo de Dios, podría haber vivido en cualquier parte de la tierra.

Su presencia hubiera sido un honor para cualquier lugar. Pero el Salvador no escogió el hogar de los hombres ricos o el palacio de los reyes, sino que decidió habitar entre la gente pobre de Nazaret.

Jesús quiere que los pobres sepan que él entiende sus pruebas. Como soportó todo lo que ellos tienen que soportar, puede comprenderlos y ayudarlos.

Al contarnos aquellos primeros años de la vida de Jesús, la Biblia dice: "El niño crecía y se fortalecía, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios era sobre él". "Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres". Lucas 2:40, 52.

Su mente era despejada y activa. Era de rápida comprensión y manifestaba tener un juicio y una sabiduría superiores a sus años. Sin embargo, era sencillo e infantil y crecía en mente y cuerpo como los otros niños.

Pero Jesús no era en todas las cosas como los otros niños. Siempre mostraba un espíritu dulce y sin egoísmo. Sus manos voluntarias estaban listas para servir a los demás. Era paciente y veraz.

Aunque era firme como una roca en defensa de la verdad, nunca dejó

de ser bondadoso y cortés con todos. En su hogar o donde quiera que estuviese, era como un alegre rayo de sol.

Se mostraba atento y bondadoso con los ancianos y con los pobres, y manifestaba consideración también hacia los animales. Cuidaba tiernamente al pajarito herido y todo ser viviente era más feliz cuando él estaba cerca.

En los días de Cristo los judíos daban mucha importancia a la educación de sus niños. Sus escuelas estaban relacionadas con las sinagogas o lugares de culto, y los maestros eran los rabinos, hombres que tenían fama de ser muy instruidos.

Jesús no fue a estas escuelas porque enseñaban muchas cosas que no eran ciertas. En lugar de la Palabra de Dios, se estudiaban los dichos de los hombres y a menudo éstos eran contrarios a lo que el Señor había enseñado por medio de sus profetas.

Dios mismo por medio del Espíritu Santo le dijo a María cómo educar a su Hijo. Ella le enseñó a Jesús las Sagradas Escrituras y él aprendió a leerlas y a estudiarlas por sí mismo.

A Jesús también le gustaba estudiar las cosas maravillosas que Dios había hecho en la tierra y en el cielo. En el libro de la naturaleza contemplaba los árboles, las plantas y los animales, el sol y las estrellas.

Día tras día observaba y trataba de aprender las lecciones que encerraban, y de entender la razón de las cosas.

Ángeles celestiales estaban con él y lo ayudaban a aprender acerca de Dios. Así, a medida que crecía en estatura y en fuerza, crecía también en conocimiento y sabiduría.

Todo niño puede obtener conocimiento como Jesús lo hizo. Debemos emplear nuestro tiempo en aprender sólo lo que es verdadero. Las mentiras y las fábulas no nos harán ningún bien.

En la Palabra de Dios y en sus obras encontramos la verdad, que es lo único que tiene valor. Cada vez que estudiemos estas cosas los ángeles nos ayudarán a entenderlas.

Veremos la sabiduría y la bondad de nuestro Padre celestial, nuestras mentes se fortalecerán, nuestros corazones serán purificados y seremos más semejantes a Cristo.

Jesús en el templo

Todos los años José y María iban a Jerusalén, a la fiesta de la Pascua. Cuando Jesús tenía doce años lo llevaron consigo.

Era un viaje agradable. La gente iba a pie, o a lomo de bueyes o asnos, y demoraban varios días en llegar. La distancia de Jerusalén a Nazaret es de unos cien kilómetros. Concurrían personas de todas partes del país y aun de otros países. Los que eran del mismo lugar, generalmente viajaban juntos en un grupo grande.

La fiesta se realizaba a fines de marzo o a comienzos de abril. Esta era la época de la primavera en Palestina, cuando el colorido de las flores y el alegre canto de los pájaros embellecían el país.

Mientras viajaban, los padres contaban a sus hijos las cosas maravillosas que Dios había hecho por Israel en el pasado. A menudo cantaban juntos algunos de los hermosos salmos de David.

En los días de Cristo la gente se había vuelto fría y formal en su servicio a Dios. Las personas pensaban más en su propio placer que en la bondad divina hacia ellos.

Pero no ocurría lo mismo con Jesús. A él le gustaba pensar en Dios. Cuando llegó al templo observó atentamente a los sacerdotes en su servicio de adoración. Se arrodilló junto con los demás adoradores en la oración, y su voz se unió a los cánticos de alabanza.

Todas las mañanas y todas las tardes se sacrificaba un cordero sobre el altar. Esto se hacía para representar la muerte del Salvador. Mientras el niño Jesús estaba mirando a la víctima inocente, el Espíritu Santo le enseñó su significado. Comprendió que él mismo, como el Cordero de Dios, debía morir por los pecados del mundo.

Con tales pensamientos en su mente, Jesús sintió deseos de estar solo. De manera que no quedó en el templo con sus padres, y cuando iniciaron el viaje de regreso, no estaba con ellos.

En una sala junto al templo había una escuela donde enseñaban los rabinos, y a ese lugar, después de un rato, llegó el niño Jesús. Se sentó con los otros jóvenes a los pies de los grandes maestros y escuchó sus palabras.

Los judíos tenían muchas ideas equivocadas con respecto al Mesías. Aunque Jesús lo sabía, no contradijo a los hombres eruditos. Como alguien que deseaba aprender, hacía preguntas sobre lo que habían escrito los profetas.

El capítulo 53 de Isaías habla de la muerte del Salvador; Jesús lo leyó y les preguntó a los rabinos por su significado.

Ellos no sabían contestarle. Empezaron a interrogar a Jesús y se quedaron maravillados de su conocimiento de las Escrituras.

Se dieron cuenta de que entendía la Biblia mucho mejor que ellos. Se dieron cuenta de que sus propias enseñanzas estaban equivocadas, pero no estaban dispuestos a creer en algo diferente.

Sin embargo, Jesús se comportó con tanta modestia y bondad que no se enojaron con él. Al contrario, querían que se quedase allí como alumno para enseñarle a explicar la Biblia como lo hacían ellos.

Cuando José y María salieron de Jerusalén en viaje de regreso a su hogar, no se dieron cuenta de que Jesús había quedado atrás. Pensaban que estaba con alguno de sus amigos en el grupo.

Pero al detenerse para acampar durante la noche, extrañaron su mano ayudadora. Lo buscaron por todo el grupo, pero en vano.

Entonces, José y María sintieron mucho miedo. Recordaron que Herodes había tratado de matar a Jesús en su infancia, y temieron que algo malo le hubiese sucedido.

Con corazones afligidos regresaron presurosos a Jerusalén; pero tan sólo lo encontraron al tercer día.

Se pusieron muy contentos al verlo de nuevo; sin embargo María pensó que merecía un reproche por haberlos dejado. Así que le dijo: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado con angustia.

"Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los

negocios de mi Padre me es necesario estar?" Lucas 2:48, 49.

Al decir estas palabras el niño señalaba hacia arriba y en su rostro brillaba una luz que los dejó admirados. Jesús sabía que era el Hijo de Dios y que había estado haciendo la obra para la cual su Padre lo había enviado al mundo.

María nunca olvidó estas palabras, y en los años que siguieron entendió mejor su maravilloso significado.

José y María amaban a Jesús, y sin embargo habían sido descuidados al perderlo. Se habían olvidado precisamente de la obra que Dios les había confiado y en un solo día de descuido perdieron a Jesús.

De la misma forma, hoy muchos pierden la compañía del Salvador. Nos separamos de Cristo cuando no nos gusta pensar en él, orar, o cuando hablamos palabras ociosas, duras o malas. Sin él estamos solos y tristes.

Pero si realmente deseamos su compañía, él siempre estará con nosotros. Al Salvador le gusta estar junto a todos los que aman su presencia. El alegrará el más pobre de los hogares y regocijará al más humilde de los corazones.

Jesús crece

Aunque sabía que era el Hijo de Dios, Jesús volvió a Nazaret con José y María y hasta los 30 años de edad "les estaba sujeto". Lucas 2:51.

El que había sido el Comandante del cielo era ahora en la tierra un hijo amante y obediente. Guardaba en su corazón las grandes verdades simbolizadas por el servicio de culto en el templo. Quedó allí en Nazaret a la

espera del tiempo dispuesto por Dios para comenzar la obra que le fuera señalada.

Jesús vivía en el hogar de un carpintero; es decir, de un hombre pobre. Fiel y alegremente hacía su parte para ayudar a sostener la familia. Tan pronto como tuvo la edad necesaria aprendió el oficio y trabajaba en el taller de carpintería con José.

Vestido con las rústicas ropas de un trabajador pasaba por las calles de la pequeña ciudad, yendo y viniendo a su trabajo. No usaba su poder para que su vida fuese más fácil.

Mientras Jesús trabajaba, tanto en la niñez como en la juventud, se fortalecía física y mentalmente. Trataba de usar todas sus facultades de tal manera que pudiera conservarlas con salud, con el fin de hacer mejor su trabajo.

Todo lo hacía bien. Quería ser perfecto, aun en el manejo de las herramientas. Con su ejemplo nos enseñó que debemos ser laboriosos, que debemos realizar las cosas cuidadosamente bien, y que un trabajo así es honorable. Todos deben hacer algo que resulte de provecho para sí mismos y para los demás.

Dios nos dio el trabajo como una bendición, y a él le agradan los niños que realizan con responsabilidad las tareas del hogar y comparten las cargas del padre y de la madre. Cuando salgan del hogar, esos niños serán una bendición para los demás.

Los jóvenes que tratan de agradar a Dios en todo lo que hacen, que hacen lo bueno porque es bueno, serán de utilidad en el mundo. Al ser fieles en las pequeñas cosas, se están capacitando para los puestos más elevados.

Capítulo 6

Días de conflicto

Los Maestros judíos habían formulado muchas reglas para el pueblo y le imponían exigencias que Dios no había ordenado. Los niños también debían conocer y obedecer esos reglamentos. Jesús no trató de aprender lo que los rabinos enseñaban, pero tuvo cuidado de no hablar irrespetuosamente de ellos; sólo estudiaba las Escrituras y obedecía las leyes de Dios.

Muchas veces fue reprendido por no obedecer lo que otros obedecían. Entonces mostraba por medio de la Biblia qué era lo correcto.

Jesús siempre trataba de hacer felices a otros. Debido a que era tan bondadoso y amable, los rabinos pensaban que conseguirían que actuara como ellos. Pero no lo lograron. Cuando le exigían que obedeciera sus leyes, preguntaba qué enseñaba la Biblia, pues sólo estaba dispuesto a hacer lo que la Palabra de Dios dijera.

Esto enojaba a los rabinos. Sabían que sus enseñanzas eran contrarias a la Biblia y sin embargo se disgustaban con Jesús porque rehusaba obedecerles.

Se quejaban de él ante sus padres. José y María pensaban que los rabinos eran hombres buenos, y Jesús soportaba la culpa, lo cual era muy difícil.

Los hermanos de Jesús también se ponían de parte de los rabinos y afirmaban que las palabras de estos maestros, debían ser consideradas como mandamientos de Dios. Reprendían a Jesús por lo que consideraban una

actitud de superioridad ante los dirigentes del pueblo.

Los rabinos se consideraban mejores que los otros hombres, y no se relacionaban con el común del pueblo. Despreciaban a los pobres e ignorantes, y aun a los enfermos y dolientes dejaba sin consuelo y sin esperanza.

Jesús, por el contrario, manifestaba un interés amoroso por todas las personas. Trataba de aliviar el sufrimiento de quienes se relacionaban con él. No tenía dinero para dar, pero a menudo se privaba del alimento para ayudar a otros.

Cuando sus hermanos hablaban duramente a los pobres y desgraciados, Jesús iba a verlos y les hablaba palabras de bondad y ánimo.

A los que estaban con hambre y sed, les llevaba un vaso de agua fría y a menudo les daba si propio alimento.

Todo esto desagradaba a sus hermanos, quienes lo amenazaban y trataban de atemorizarlo, pero él continuaba haciendo lo que Dios había dicho.

Muchas fueron las pruebas y tentaciones que Jesús tuvo que soportar, porque Satanás estaba siempre acechando para vencerlo.

Si Jesús hubiese cometido una equivocación, o pronunciado una palabra impaciente, no podría haber sido nuestro Salvador y todo el mundo se habría perdido.

Satanás lo sabía muy bien y por eso trataba insistentemente de inducirlo a pecar.

Aunque el Salvador siempre estuvo protegido por ángeles celestiales, su vida fue una larga lucha contra los poderes de las tinieblas. Ninguno de nosotros tendrá jamás que enfrentar tentaciones tan terribles como las suyas.

Pero para cada tentación él tenía una respuesta: "Escrito está". A menudo reprochaba la mala conducta de sus hermanos, y les declaraba lo que Dios había dicho.

La vida en Nazaret

Nazaret era una ciudad malvada y los niños y jóvenes trataban de que Jesús los acompañase en sus malos caminos. Como era inteligente y alegre, gustaban de su compañía, pero los firmes principios que él revelaba despertaban su enojo. Muchas veces lo llamaban cobarde, cuando rehusaba unirse a ellos en algún acto prohibido. También se burlaban de él, porque era cuidadoso en las cosas pequeñas. A todo esto contestaba: "Escrito está". "El temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal, la inteligencia". Job 28:28. Amar el mal es amar la muerte, porque "la paga del pecado es muerte". Romanos 6:23.

Jesús no peleaba por sus derechos. Cuando se lo trataba ásperamente, lo soportaba con paciencia. Debido a que manifestaba tan buena disposición y nunca se quejaba, muchas veces hacían su trabajo innecesariamente difícil. Sin embargo no se desanimaba, porque sabía que Dios aprobaba lo que hacía.

Sus horas más felices eran las que pasaba a solas con la naturaleza y con Dios. Cuando terminaba su trabajo, le gustaba salir al campo a meditar en los verdes valles, a orar a Dios en la ladera de la montaña, o en medio de los árboles del bosque.

Escuchaba a la alondra que entonaba sus gorjeos musicales al Creador y su voz se unía a ella en alabanza y reconocimiento.

Con un canto daba la bienvenida a la luz de la mañana. El amanecer muchas veces lo encontraba en algún lugar tranquilo, pensando en Dios, estudiando la Biblia, o en oración.

Después de estas horas pacíficas regresaba a su hogar para asumir nuevamente sus responsabilidades y para dar un ejemplo de trabajo paciente. Dondequiera que estuviese, su presencia parecía atraer a los ángeles. Todas las clases sociales sentían la influencia de su vida pura y santa.

Aunque era inocente y puro, andaba entre los irreflexivos, los rudos y los descorteses; en medio de los injustos recolectores de impuestos, los derrochadores descuidados, los impíos samaritanos, los soldados paganos y los rudos campesinos.

Tenía siempre una palabra de simpatía para todos los hombres cansados, y sin embargo obligados a llevar cargas pesadas. Compartía sus penas y les repetía las lecciones que había aprendido de la naturaleza acerca del amor, la bondad y la misericordia de Dios.

Les enseñaba a mirarse a sí mismos y valorar sus preciosos talentos, que si se usaban correctamente les permitirían adquirir las riquezas eternas. Con su propio ejemplo enseñó que todo momento es valioso y debe ser empleado con fines positivos.

A ningún ser humano consideró indigno, sino que trató de animar aun al más rudo y al menos promisorio. Les decía que Dios los amaba como a hijos y que ellos podían llegar a ser semejantes a él en carácter.

Así, en una forma tranquila, Jesús, desde los mismos días de su niñez, trabajó por los demás. Ninguno de los maestros eruditos, ni aun sus propios hermanos, podía hacerle abandonar esta misión. Con ferviente propósito, iba ejecutando el diseño de su vida, pues había de ser la Luz del mundo.

Capítulo 7

El bautismo de Jesús

Cuando llegó el tiempo de comenzar su ministerio público, el primer acto de Jesús fue ir al río Jordán para ser bautizado por Juan el Bautista.

Juan había sido enviado a preparar el camino para el Salvador. Al predicar en el desierto, anunciaba:

"El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!" Marcos 1:15.

Las multitudes se congregaban para oírlo. Muchos se convencían de sus pecados, y él los bautizaba en el Jordán.

Dios le había dicho a Juan que algún día el Mesías vendría y le pediría que lo bautizara. También le anticipó que le daría una señal, para que pudiera reconocerlo.

Cuando vino Cristo, al ver en su rostro las evidencias de su vida santa, Juan se negó a bautizarlo, diciendo: "Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú acudes a mí?"

"Jesús le respondió: Permítelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia". Mateo 3:14, 15.

Al decir esto, el semblante de Jesús se iluminó con la misma luz celestial que había contemplado Simeón en el templo.

Así Juan guió al Salvador a las aguas del hermoso Jordán, y lo bautizó a las vista de todo el pueblo.

Jesús no fue bautizado para mostrar arrepentimiento, porque él nunca había pecado. Lo hizo para darnos un ejemplo.

Cuando salió del agua, se arrodilló a la orilla del río y oró. Entonces los cielos se abrieron y brillaron rayos de gloria, "y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y se posaba sobre él". Mateo 3:16.

Su rostro y su cuerpo resplandecían con la luz de la gloria de Dios. Y desde el cielo se oyó la voz de Dios que decía:

"Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia". Mateo 3:17.

La gloria que en esa ocasión se manifestó sobre Cristo, fue una garantía del amor de Dios hacia nosotros. El Salvador vino como nuestro ejemplo; y así como Dios escuchó su oración, escuchará también la nuestra.

El más necesitado, el más pecador, el más despreciado de los hombres puede tener acceso al Padre. Cuando nos dirigimos a Dios en el nombre de Jesús, la misma voz que le habló a él nos hablará también a nosotros diciendo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia".

Capítulo 8

La tentación

Después de su bautismo, Cristo fue guiado por el Espíritu al desierto, para ser tentado del diablo.

En realidad, no fue al desierto en busca de la tentación, sino que fue guiado por el Espíritu de Dios. Deseaba estar solo para meditar acerca de su misión y su obra.

Por medio de la oración y el ayuno debía prepararse para recorrer la senda ensangrentada que lo esperaba. Como Satanás sabía donde estaba fue allí para tentarlo.

Cuando Jesús dejó el Jordán, su rostro brillaba con la gloria de Dios. Pero después que entró en el desierto, ese esplendor desapareció. Su semblante mostraba dolor y angustia a causa de que los pecados del mundo pesaban sobre él. Los hombres nunca sufrirán nada semejante: estaba padeciendo por los pecadores.

En el Edén, Adán y Eva habían desobedecido a Dios al comer del fruto prohibido, lo que como consecuencia trajo el sufrimiento y la muerte al mundo.

Cristo vino para dar un ejemplo de obediencia. En el desierto, después de ayunar cuarenta días, no actuó en contra de la voluntad de su Padre, ni siquiera para obtener alimento.

Una de las tentaciones que vencieron a nuestros primeros padres fue la

satisfacción del apetito. Sin embargo, por medio de este largo ayuno, Cristo iba a demostrar al hombre que los deseos pueden ser dominados.

Satanás tienta a los hombres en la complacencia, porque eso debilita el cuerpo y oscurece la mente. Sabe que de esta manera puede engañarlos y destruirlos más fácilmente.

El ejemplo de Cristo enseña que todo deseo malo debe ser vencido. Los apetitos no han de gobernarnos, sino que nosotros debemos dominarlos a ellos.

Llega el tentador

Cuando Satanás se le apareció por primera vez a Cristo, parecía un ángel de luz y pretendiendo ser un mensajero del cielo.

Le dijo que no era la voluntad de su Padre que soportara ese sufrimiento, que bastaba que mostrase sólo una disposición a sufrir.

Cuando Jesús luchaba contra los más agudos tormentos del hambre, Satanás le dijo:

"Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan". Mateo 4:3.

Puesto que el Salvador había venido para ser nuestro ejemplo, debía soportar el sufrimiento en la misma forma que nosotros; no debía realizar milagro alguno en beneficio propio. Como todos sus milagros habían de ser para el bien de otros, le contestó a Satanás:

"Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que

sale de la boca de Dios". Mateo 4:4.

Así demostró que es mucho más importante obedecer la Palabra de Dios que satisfacer las necesidades físicas. Los que obedecen la Palabra de Dios tienen la promesa de que recibirán todo lo necesario para la vida presente y también tienen la promesa de la vida futura.

Como no pudo vencer a Cristo en la primera gran tentación, lo llevó más tarde a una de las torres del templo de Jerusalén, y le dijo:

"Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, pues escrito está: 'A sus ángeles mandará acerca de ti' y 'En sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra'". Mateo 4:6.

Al citar las escrituras Satanás imitó el ejemplo de Cristo. Pero esa promesa no es para los que voluntariamente se aventuran en el peligro. Dios no le había dicho a Jesús que se arrojara del templo, y él no haría eso para agradar a Satanás. Le dijo:

"Escrito está también: 'No tentarás al Señor tu Dios'". Mateo 4:7.

Debemos confiar en el cuidado de nuestro Padre celestial pero no debemos ir adonde él no nos manda. Tampoco deberíamos hacer lo que él ha prohibido.

Debido a que Dios es misericordioso y está listo a perdonar, hay personas que dicen que no entraña peligro desobedecerle. Pero esto es presunción. Dios perdona a todos los que arrepentidos abandonan su pecado, pero a los que eligen desobedecerle no los puede bendecir.

En ese momento Satanás se reveló como lo que realmente era: el

príncipe de las potestades de las tinieblas. Llevó a Cristo a la cumbre de una alta montaña y le mostró todos los reinos del mundo.

La luz del sol bañaba espléndidas ciudades, palacios de mármol, campos fructíferos y viñedos. Satanás le dijo:

"Todo esto te daré, si postrado me adoras". Mateo 4:9.

Por un momento Cristo miró la escena y luego apartó la vista de ellos. Aunque Satanás le presentó el mundo en su forma más atractiva, sin embargo el Salvador miró más allá de la belleza externa.

El vio al mundo en su miseria y su pecado, lejos de Dios. Toda la miseria era el resultado de que el hombre se había apartado de Dios para adorar a Satanás.

Cristo estaba deseoso de redimir lo que se había perdido. Anhelaba restaurar el mundo elevándolo a un nivel superior al del Edén. Quería colocar a los hombres en armonía con Dios.

Estaba, allí en el desierto, resistiendo la tentación en favor del hombre pecaminoso. Debía ser un vencedor, para que los hombres pudieran vencer, con el fin de que fueran iguales a los ángeles y merecieran su reconocimiento como hijos de Dios.

Cuando Satanás exigió adoración, Cristo contestó:

"Vete, Satanás, porque escrito está: 'Al Señor tu Dios adorarás y solo a él servirás'". Mateo 4:10.

En esta gran tentación de Cristo estaban incluidos el amor al mundo, la

ambición del poder y la soberbia de la vida, es decir, todo lo que puede apartar al hombre de Dios.

Satanás ofreció a Jesús el mundo y sus riquezas a cambio de que le rindiera homenaje. Así también trata de engañarnos a nosotros al ofrecernos las ventajas que pueden obtenerse al hacer lo malo.

Susurra en nuestros oídos: "Para tener éxito en este mundo, debes servirme. No seas demasiado cuidadoso con respecto a la veracidad y a la honestidad. Obedece mi consejo, y te daré riquezas, honor y felicidad".

Al seguir estas orientaciones estaremos adorando a Satanás en lugar de Dios y esto sólo nos traerá miseria y ruina. Cristo nos mostró lo que hemos de hacer cuando somos tentados.

Cuando él le dijo a Satanás: "Vete", el tentador no pudo resistir la orden y se vio obligado a retirarse.

Retorciéndose de odio y furor, el jefe rebelde abandonó la presencia del Redentor del mundo.

La lucha había terminado por el momento. La victoria de Cristo fue tan completa, como completa había sido la derrota de Adán.

Del mismo modo nosotros podemos resistir la tentación y vencer a Satanás. El Señor nos dice: "Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros". Santiago 4:7, 8.

Capítulo 9

El agua de la vida

Después de haber estado en el desierto, Cristo volvió al Jordán, donde Juan el Bautista estaba predicando. En ese tiempo algunos hombres, enviados por los gobernantes de Jerusalén, le preguntaron a Juan con qué autoridad enseñaba y bautizaba al pueblo.

Querían saber si él era el Mesías, o Elías, o "el profeta", refiriéndose a Moisés. A todo esto contestó: "No soy". Juan 1:21. Entonces preguntaron: "¿Quién eres? Tenemos que dar respuesta a los que nos enviaron"

"Dijo: Yo soy 'la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor', como dijo el profeta Isaías". Juan 1:22, 23.

En los tiempos antiguos, cuando un rey debía viajar de una parte de su país a otra, se enviaba a ciertos hombres delante de su carroza a preparar los caminos.

Tenían que cortar árboles, recoger las piedras, rellenar los baches, de manera que el camino estuviera preparado para el rey.

Así que cuando Jesús, el Rey celestial, iba a venir, Juan el Bautista fue enviado para preparar el camino, es decir, anunciar a los hombres su venida y llamarlos al arrepentimiento.

Mientras Juan hablaba con los mensajeros que habían venido de Jerusalén, vio a Jesús a la orilla del río. Su rostro se iluminó, y extendiendo sus manos dijo:

"Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, quien es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado". Juan 1:26, 27.

La gente quedó muy conmovida. ¡El Mesías estaba entre ellos! Miraron ansiosos alrededor para encontrar a aquel del cual había hablado Juan, pero, al mezclarse con la multitud, Jesús se les perdió de vista.

Al día siguiente Juan volvió a ver a Jesús y señalando hacia él exclamó: "¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" Juan 1:29.

Habló a los presentes de la señal que se había visto en ocasión del bautismo de Cristo. "Y yo le he visto y testifico que este es el Hijo de Dios". Juan 1:34.

Con asombro y admiración los oyentes miraban a Jesús y se preguntaban: ¿Es éste el Cristo?

Vieron que Jesús no llevaba ropas costosas ni aparentaba tener riquezas. Su vestimenta era sencilla, como la que usaba la gente pobre. Pero en su rostro pálido y cansado había algo que conmovió sus corazones.

Notaron en él una expresión de dignidad y poder; la mirada de sus ojos y cada rasgo de su semblante hablaba de divina compasión y amor inefable.

Sin embargo, los mensajeros de Jerusalén no se sintieron atraídos al Salvador. Juan no les dijo lo que ellos deseaban oír. Esperaban que el Mesías viniera como un gran conquistador, y cuando vieron que esa no era la misión de Jesús, se fueron desilusionados.

Al siguiente día Juan vio de nuevo a Jesús, y otra vez exclamó: "¡Este es el Cordero de Dios!" Juan 1:36. Al oír esto, dos de los discípulos de Juan que estaban cerca siguieron a Jesús. Escucharon sus enseñanzas, y llegaron a ser discípulos suyos. Uno era Andrés y el otro Juan.

Andrés puso a su propio hermano en contacto con Jesús: Simón, a quien Cristo llamó Pedro. Al día siguiente, cuando iban a Galilea, Cristo llamó a otro discípulo, Felipe, quien a su vez trajo a su amigo Natanael.

De esta manera la gran obra de Cristo en la tierra había comenzado. Uno por uno llamó a sus discípulos; uno trajo a su hermano, otro a su amigo. Esto es lo que todo seguidor de Cristo--joven o anciano--debe hacer: enseguida que conoce a Jesús, debe hablar a los demás acerca del precioso amigo que ha encontrado.

Milagro en las bodas

En Caná de Galilea, Cristo y sus discípulos asistieron a una fiesta de casamiento, en la que su maravilloso poder fue manifestado para la felicidad de esa reunión familiar.

En ese lugar se acostumbraba a usar vino en tales ocasiones. Antes que finalizara la fiesta, la provisión de mosto se había terminado. En esas fiestas una carencia así se interpretaba como falta de hospitalidad y constituía una vergüenza.

Le dijeron a Cristo lo que había sucedido y él pidió a los siervos que llenaran con agua seis grandes tinajas de piedra. Entonces ordenó: "Sacad ahora un poco y presentadlo al encargado del banquete". Juan 2:8.

El agua salió de las tinajas transformada en vino, de mejor calidad que

el que habían servido antes, y hubo en cantidad suficiente para todos.

Después de esta manifestación, Jesús se alejó tan silenciosamente que los invitados se enteraron del milagro cuando él ya se había retirado.

El regalo de Cristo en esa fiesta de bodas fue un símbolo: el agua representaba el bautismo, y el vino su sangre, que había de ser derramada por el mundo.

El mosto que hizo Jesús no era fermentado. Siendo que esa clase de vino causa embriaguez y otros grandes males, Dios ha prohibido su consumo. El nos dice: "El vino es escarnecedor, la sidra alborotadora; ninguno que por su causa yerre es sabio". Proverbios 20:1. "Muerde como una serpiente, causa dolor como un áspid". Proverbios 23:32.

El mosto utilizado en la fiesta fue el jugo de uva puro y dulce. Era igual que aquel al cual el profeta Isaías se refiere como "mosto en un racimo"; y dice que "bendición hay en él". Isaías 65:8.

El hecho de que Jesús asistiera a aquella fiesta de bodas, revela que es correcto reunirse en una forma placentera. Le gustaba ver feliz a la gente. A menudo la visitaba en sus hogares y trataba de hacer que olvidara sus preocupaciones y problemas, y pensara en la bondad y el amor de Dios. En todas partes Cristo trataba de hacer esto mismo. Siempre que encontraba un corazón abierto para recibir el mensaje divino, le presentaba las verdades del camino de la salvación.

La mujer de Samaria

Un día, al pasar por Samaria, se sentó junto a un pozo a descansar. Una mujer vino a sacar agua y él le pidió de beber.

La mujer se sorprendió mucho, porque ella sabía cuánto odiaban los judíos a los samaritanos. Sin embargo, Cristo le dijo que si ella se lo pidiese, él le daría agua viva. Esto la sorprendió más aún. Entonces Jesús le aclaró: "Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna". Juan 4:13, 14. El agua viva es un símbolo del Espíritu Santo. Así como el viajero sediento necesita agua para beber, también nosotros necesitamos el Espíritu de Dios en nuestros corazones. El que bebe de esta agua nunca más tendrá sed.

El Espíritu Santo trae el amor de Dios a nuestros corazones. Satisface nuestros anhelos, de manera que las riquezas, honores y placeres de este mundo pierdan su atractivo. Nos llena de un gozo tal que deseamos que otros lo tengan también. Será como una fuente de agua que fluya en bendiciones alrededor de nosotros.

Toda persona que tenga el Espíritu de Dios, vivirá para siempre con Cristo en su reino. Recibirlo por fe en el corazón, es el comienzo de la vida eterna.

Jesús le dijo a la mujer que le daría esa preciosa bendición si ella la pedía. También quiere ponerla a nuestro alcance

Esa mujer había quebrantado los mandamientos de Dios, y Cristo le reveló que conocía los pecados de su vida. Pero le manifestó también que era su amigo, que la amaba y se compadecía de ella, y que si estaba dispuesta a abandonar sus pecados, Dios la recibiría como hija suya.

¡Cuánto se alegró ella de saberlo! Muy contenta corrió a la ciudad cercana y llamó a la gente para que viniera a ver a Jesús.

Muchas personas llegaron hasta el pozo y le pidieron a Cristo que permaneciera con ellos. Se quedó dos días, enseñándoles. Muchos escucharon sus palabras, se arrepintieron de sus pecados y lo aceptaron como su Salvador.

El sermón en Nazaret

Durante su ministerio, Jesús visitó dos veces su antiguo hogar de Nazaret. En la primera visita fue a la sinagoga el día sábado.

En el rollo de Isaías leyó la profecía de la obra del Mesías que había de predicar las buenas nuevas a los pobres, consolar a los afligidos, dar vista a los ciegos, sanar a los enfermos.

Les dijo que todo esto se había cumplido ese día, porque esa era precisamente la obra que él estaba realizando.

Al oír estas palabras los presentes se llenaron de gozo. Creyeron que Jesús era el Salvador prometido. Sus corazones fueron conmovidos por el Espíritu Santo y respondieron con fervientes amenes y alabanzas al Señor.

Pero luego recordaron que Jesús había vivido entre ellos, como carpintero. Muchas veces lo habían visto trabajar en el taller con José. Y aunque sabían que sólo había realizado actos de amor y misericordia, no quisieron creer que él era el Mesías.

Estos pensamientos abrieron el camino para que Satanás gobernara sus mentes. Se enojaron con el Salvador, clamaron contra él y decidieron quitarle la vida.

Lo llevaron apresuradamente fuera de la ciudad, con la intención de despeñarlo por el borde de un cerro. Pero los santos ángeles estaban cerca para protegerlo. Pasó con toda seguridad entre la multitud, y desapareció.

La siguiente vez que fue a Nazaret, la gente ya no estaba dispuesta a recibirlo. Entonces, salió de allí para no regresar.

Cristo trabajó por los que necesitaban ayuda, y de todo el país acudía gente a reunirse en torno de él. Mientras los sanaba y les enseñaba, ellos se alegraban mucho. Parecía que el cielo se había acercado a la tierra, y la gente agradecía la gracia de un Salvador misericordioso.

Capítulo 10

Las enseñanzas de Cristo

Entre los judíos, la religión se había transformado en una rutina de ceremonias. A medida que se apartaron del verdadero culto a Dios y perdieron el poder espiritual que imparte su Palabra, trataron de suplir esa falta añadiendo a la religión ceremonias y tradiciones de su propia invención.

Sólo la sangre de Cristo puede limpiar del pecado. Únicamente su poder puede librar a los hombres de pecar. Pero los judíos establecieron que para ganar la salvación dependían de sus propias obras y de las ceremonias de la religión. Debido al celo con que las realizaban, pensaban que eran justos y merecedores de un lugar en el reino de Dios.

Pero sus esperanzas estaban fijadas en la grandeza mundana. Anhelaban riquezas y poder, y esperaban recibirlas como recompensa a su supuesta piedad.

Creían que el Mesías establecería su reino en esta tierra, para gobernar a los hombres como un príncipe poderoso. Esperaban recibir todas las bendiciones mundanales cuando viniera.

Jesús sabía que sus esperanzas se verían frustradas. El había venido para enseñarles algo mucho mejor que lo que ellos habían buscado.

El Salvador vino a restaurar el verdadero culto de Dios, a traer una religión pura y sincera, procedente del corazón, manifestada en una vida justa y en un carácter santo.

En el hermoso Sermón de la Montaña explicó lo que Dios consideraba más precioso, y lo que da verdadera felicidad.

Las lecciones de Cristo se dirigieron en primer lugar a sus discípulos, que estaban contaminados por las enseñanzas de los rabinos. Pero lo que les dijo a ellos, es válido también para nosotros. Necesitamos aprender las mismas lecciones.

El sermón de la montaña

"Bienaventurados los pobres en espíritu", dijo Cristo. Mateo 5:3. Los pobres en espíritu son aquellos que reconocen su propia necesidad y pecaminosidad. Saben que por sí mismos no pueden hacer ninguna cosa buena. Desean la ayuda de Dios, y él les concede esa bendición.

"Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo: 'Yo habito en la altura y la santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu, para reavivar el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados"'. Isaías 57:15.

"Bienaventurados los que lloran". Mateo 5:4. Esto no se refiere a los que se quejan y murmuran, los que andan con rostro agrio y deprimido. Se refiere a aquellos que están realmente doloridos por sus pecados, y que piden perdón al Señor.

A todos éstos los perdonará generosamente. El Señor dice: "Y su lloro tornaré en gozo, y los consolaré, y los alegraré de su dolor". Jeremías 31:13.

"Bienaventurados los mansos". Mateo 5:5. Cristo dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Mateo 11:29. Cuando fue tratado injustamente, devolvió bien por mal y nos dio un ejemplo que debemos

imitar.

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia". Mateo 5:6. La justicia es hacer lo bueno, es obedecer la ley de Dios, porque en esa ley se establecen los principios de la justicia. La Biblia dice: "Todos tus mandamientos son justicia". Salmos 119:172.

Esa ley es la que Cristo, con su ejemplo, enseñó a obedecer. La justicia de la ley se ve en su vida. Tenemos hambre y sed de justicia cuando queremos que todos nuestros pensamientos, nuestras palabras y acciones sean iguales a las de Cristo.

Y podemos ser como Cristo si realmente lo deseamos. Podemos tener nuestra vida semejante a la suya, nuestras acciones en armonía con la ley de Dios. El Espíritu Santo pondrá el amor de Dios en nuestros corazones y hará que nos sintamos felices al hacer su voluntad.

Dios está más dispuesto a darnos su Espíritu Santo de lo que los padres lo están a dar buenas dádivas a sus hijos. Su promesa es la siguiente: "Pedid, y se os dará". Lucas 11:9; Mateo 7:7. Todos los hombres que tienen hambre y sed de justicia "serán hartos", es decir, saciados.

"Bienaventurados los misericordiosos". Mateo 5:7. Ser misericordioso es tratar a los otros mejor de lo que merecen. Así es como Dios nos trata. Se deleita en manifestarnos misericordia, y además es bondadoso con los desagradecidos y con los malos.

Así nos enseña a tratarnos los unos a los otros: "Antes sed bondadosos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo". Efesios 4:32.

"Bienaventurados los de limpio corazón". Mateo 5:8. Dios se interesa más por lo que realmente somos que por lo que decimos ser. No le interesa cuán hermosos podamos parecer, sino que desea que nuestros corazones sean puros. Entonces todas nuestras palabras y acciones serán buenas.

El rey David oró: "Crea en mí, Dios, un corazón limpio". Salmos 51:10. "¡Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Jehová, roca mía y redentor mío!" Salmos 19:14. Esta debiera ser también nuestra oración.

"Bienaventurados los pacificadores". Mateo 5:9. El que tiene el espíritu manso y humilde de Cristo será un pacificador. Este espíritu no provoca peleas, no da ninguna respuesta enojada. Por el contrario, hace el hogar feliz e inunda de dulce paz a su alrededor.

"Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia". Mateo 5:10. Cristo sabía que por su causa muchos de sus discípulos serían puestos en la prisión, y otros serían muertos. Pero les dijo que no se lamentaran por ello.

Nada puede dañar a los que aman y siguen a Cristo porque él estará con ellos en todo lugar. Pueden ser entregados a la muerte, pero él les dará una vida que nunca terminará, y una corona de gloria que no se marchitará.

Y por medio de ellos otros llegarán a conocer al querido Salvador. Cristo dijo a sus discípulos:

"Vosotros sois la luz del mundo". Mateo 5:14. Jesús iba a dejar pronto la tierra para volver a su hogar celestial. Pero lo tanto, serían los discípulos los que debían enseñar a la gente acerca de su amor. Tendrían que ser como luces entre los hombres.

Como la luz de un faro que brilla en las tinieblas y guía al barco con toda seguridad al puerto, así también los seguidores de Cristo han de brillar en la oscuridad de este mundo para llevar a los hombres al Salvador.

Esta es la obra que Jesús nos invita a realizar en favor de la salvación de otros.

El buen samaritano

Estas enseñanzas eran extrañas y nuevas para los oyentes de Cristo, de modo que tuvo que repetírselas muchas veces. En una oportunidad un doctor de la ley se acercó a preguntarle: "Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna? Y Jesús le dijo: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?"

"Aquel, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.

"Bien has respondido--dijo Cristo--; haz esto, y vivirás". El escriba sabía que no había amado a los otros como a sí mismo. En vez de arrepentirse, trató de encontrar una excusa para su egoísmo. Por eso le preguntó a Jesús: "¿Y quién es mi prójimo?" Lucas 10:25-29.

Los sacerdotes y rabinos a menudo discutían acerca de este tema. Ellos no consideraban al pobre y al ignorante como sus prójimos, y no les demostraban ninguna bondad. Cristo no tomó parte en sus disputas, sino que contestó la pregunta relatando un hecho que había ocurrido hacía poco tiempo.

Cierto hombre, dijo él, iba de Jerusalén a Jericó. El camino era

empinado y rocoso, y pasaba por una región agreste y solitaria. Aquí el hombre fue asaltado por los ladrones, y despojado de cuanto tenía. Lo golpearon, lo hirieron, y lo dejaron en el camino como muerto.

Mientras el hombre estaba allí tirado, pasaron por el lugar un sacerdote y un levita del templo de Jerusalén. Pero en vez de ayudarlo, siguieron de largo por otro lado.

Estos hombres habían sido elegidos para officiar en el templo de Dios y debían haber estado, como él, llenos de misericordia y bondad. Pero sus corazones eran fríos y duros.

Después de un rato se acercó un samaritano. Los samaritanos eran despreciados y odiados por los judíos, a tal punto que no les hubiesen ayudado ni con un vaso de agua, ni con un bocado de pan. Pero el samaritano no pensó en eso. Tampoco en los ladrones que podían estar aguardándolo.

Allí estaba el extranjero, desangrándose y a punto de morir. Se despojó de su propio manto y lo envolvió.

Le dio de beber su propio vino y puso aceite sobre sus heridas. Lo subió a su cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó toda la noche.

A la mañana siguiente, antes de partir, pagó al posadero para que lo cuidara hasta que se restableciese. Cuando Jesús terminó de contar la historia se volvió hacia el doctor de la ley y le preguntó:

"¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?"

El doctor de la ley respondió: "El que usó de misericordia con él".

Entonces Jesús le dijo: "Ve, y haz tú lo mismo". Lucas 10:35-37.

De este modo Jesús nos enseñó que el prójimo es toda persona que necesita de nuestra ayuda, y a quien, por lo tanto, deberíamos tratar del mismo modo como nos gustaría que nos trate a nosotros.

El sacerdote y el levita pretendían guardar los mandamientos de Dios, pero fue el samaritano el que realmente los cumplió. Su corazón era bondadoso y amante, lo que vale más que todas las riquezas del mundo.

Al cuidar del extranjero herido, reveló que amaba a Dios y al hombre. A Dios le agrada que mutuamente nos hagamos bien y que demos nuestro amor hacia él siendo bondadosos con los que nos rodean.

Si vivimos así, estaremos actuando como verdaderos hijos de Dios y habitaremos con Cristo en el cielo.

Capítulo 11

El día de reposo de Jesús

El Salvador guardó el sábado y también enseñó a sus discípulos a guardarlo. El sabía cómo debía observarse, porque él mismo lo había santificado.

La Biblia dice: "Acuérdate del sábado para santificarlo". "El séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios". "Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó". Éxodo 20:8, 10, 11; 31:16, 17. Cristo había trabajado con su Padre para crear la tierra. La Biblia dice que "todas las cosas por él fueron hechas". Juan 1:3.

Cuando miramos el sol y las estrellas, los árboles y las hermosas flores, debemos recordar que Cristo creó todas estas cosas y además hizo el sábado para ayudarnos a recordar su amor y poder.

Los maestros judíos habían establecido muchas reglas acerca de la forma de observar el sábado, y querían que todos las obedecieran rigurosamente. Además, vigilaban continuamente a Jesús para ver si él lo respetaba como a ellos les parecía.

Un sábado, cuando Cristo y sus discípulos regresaban de la sinagoga, pasaron por un campo de trigo. Era tarde y los discípulos tenían hambre, de manera que arrancaron algunas de las espigas, las frotaron con sus manos y se pusieron a comer los granos.

Cualquier persona que pasara por un campo sembrado o por una huerta

tenía permiso para juntar lo que necesitara para comer, pero no se permitía hacer esto en sábado. Los enemigos de Cristo al ver lo que hacían los discípulos le dijeron al Salvador:

"Tus discípulos hacen lo que no está permitido hacer en sábado".
Mateo 12:2.

Pero Jesús los defendió. Recordó a sus acusadores el caso de David, quien, cuando se hallaba en necesidad, había comido de los panes sagrados del tabernáculo, y había dado de ellos también a sus hambrientos asistentes.

Si David, cuando estuvo hambriento, pudo comer de ese pan sagrado sin ser culpable, ¿no era justo que si los discípulos tenían hambre también tomaran algunos granos en las horas sagradas del sábado?

El sábado no fue establecido para ser una carga para el hombre, sino para hacerle bien, para darle paz y descanso. Por lo tanto, nuestro Señor dijo: "El sábado fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado". Marcos 2:27.

Un hombre vale más que una oveja

"Aconteció también en otro sábado que él entró en la sinagoga y enseñaba; y estaba allí un hombre que tenía seca la mano derecha.

"Y le acechaban los escribas y los fariseos para ver si en sábado lo sanaría, a fin de hallar de qué acusarlo.

"Pero él, que conocía sus pensamientos, dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate, y ponte en medio. Él, levantándose, se quedó en pie.

"Entonces Jesús les dijo: Os preguntaré una cosa: En sábado, ¿es lícito hacer bien o hacer mal?, ¿Salvar la vida o quitarla?"

"Y mirándolos a todos alrededor, dijo al hombre: Extiende tu mano. El lo hizo y su mano fue restaurada.

"Ellos se llenaron de furor y hablaban ente sí qué podrían hacer contra Jesús". Lucas 6:6-11; Marcos 3:5.

El Salvador mostró cuán irrazonables eran, al hacerles esta pregunta: "¿Qué hombre entre vosotros, si tiene una oveja, y ésta se le cae en un hoyo, en sábado, no le echa mano y la saca?" Mateo 12:11.

Como no pudieron contestar a esto, Jesús les dijo: "Pero, ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, está permitido hacer el bien en sábado". Mateo 12:12.

"Es lícito" quiere decir que está de acuerdo con la ley. Cristo nunca reprobó a los judíos por guardar la ley de Dios, o por honrar el sábado; al contrario, siempre respaldó la ley en toda su plenitud.

Isaías profetizó acerca de Cristo: "Jehová se complació por amor de su justicia en magnificar la Ley y engrandecerla". Isaías 42:21. Magnificar es hacer mayor, es elevar a una posición más alta.

Cristo magnificó la ley mostrando en cada parte de la misma su maravilloso significado. Enseñó que debe ser obedecida no sólo en las acciones que ven los hombres, sino también en los pensamientos, que son conocidos solamente por Dios.

A los que afirmaban que él había venido para anular la ley, les dijo:

"No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolir, sino a cumplir". Mateo 5:17.

Cumplir significa guardar o realizar. Santiago 2:8. Por eso cuando Cristo fue para que Juan el Bautista lo bautizara, le dijo: "Así conviene que cumplamos toda justicia". Mateo 3:15. Cumplir la ley es obedecerla perfectamente.

La ley de Dios nunca puede ser cambiada, pues Cristo dijo: "Antes que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la Ley, hasta que todo se haya cumplido". Mateo 5:18.

Cuando les preguntó si era lícito en sábado hacer bien o hacer mal, salvar la vida o quitarla, Cristo mostró que podía leer los corazones de aquellos malvados fariseos que lo acusaban.

Mientras él trataba de salvar la vida sanando al enfermo, ellos intentaban destruir la suya. ¿Era mejor matar en sábado, como ellos planeaban hacerlo, que curar a alguien que sufría?

¿Era mejor esconder intenciones homicidas en el santo día de Dios, que amar a todos los hombres con un amor tal que se manifieste en obras de bondad y de misericordia?

Los judíos acusaron muchas veces a Jesús de quebrantar el sábado. A menudo trataban de matarlo porque no lo observaba de acuerdo con sus tradiciones. Pero esto no hacía ninguna diferencia para él y seguía guardando el sábado como Dios quería que lo hiciese.

"¡Levántate y anda!"

En Jerusalén había una gran fuente de agua llamada Betesda. En ciertas ocasiones este estanque era removido; la gente pensaba que un ángel del Señor descendía a él y agitaba las aguas, y que el primero que se arrojara en ellas después de ser agitadas sería curado de cualquier enfermedad.

Muchas personas venían a la fuente con la esperanza de ser curadas; lamentablemente, la mayor parte resultaba defraudada. Cuando el agua se movía había una multitud tan grande, que muchos ni siquiera podían acercarse al borde del estanque.

Un día Jesús vino a Betesda. Su corazón se llenó de piedad al ver allí a los pobres enfermos.

Un hombre parecía más desgraciado que los demás. Durante treinta y ocho años había sido un inválido indefenso. Ningún médico podía curarlo. Lo habían llevado muchas veces a Betesda, pero cuando las aguas eran agitadas, otro entraba antes que él.

Ese sábado había tratado nuevamente de llegar hasta el estanque, pero en vano. Jesús lo vio mientras se arrastraba de regreso hasta la estera que le servía de cama. Sus fuerzas estaban casi agotadas y sintió que, a menos que recibiera ayuda, pronto moriría.

Mientras yacía en esta condición, de tanto en tanto volvía a mirar el estanque. De pronto un rostro amante se inclinó sobre él y escuchó una voz que decía: "¿Quieres ser sano?"

El hombre respondió con dolor: "Señor, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; mientras yo voy, otro desciende antes que yo".

El no sabía que quien se hallaba a su lado podía sanar no solamente a una persona, sino a todos los que vinieran a él. Cristo le dijo al hombre: "Levántate, toma tu camilla y anda".

Inmediatamente trató de obedecer la orden y recibió fuerza. Saltó sobre sus pies, y comprobó que podía caminar. ¡Qué contento se sentía!

Tomó su estera y se apresuró a salir, alabando a Dios a cada paso. Pronto se encontró con algunos de los fariseos, y les contó de su maravillosa curación. No parecían contentos, sino que le reprocharon por llevar su cama en día sábado. El hombre les dijo: "El que me sanó, él mismo me dijo: 'Toma tu camilla y anda'". Juan 5:1-11.

Entonces los fariseos ya no estaban enojados con él, sino que acusaron a aquel que le había dicho que llevara su cama en el sábado.

En Jerusalén, donde Jesús estaba ahora, vivían muchos de los sabios rabinos. Allí se enseñaban esas ideas falsas acerca del sábado. Muchedumbres venían a adorar al templo y así las enseñanzas de los rabinos eran difundidas ampliamente. Cristo deseaba corregir estos errores. Esta fue la razón por la cual sanó al hombre en día sábado y le pidió que llevara su cama. El sabía que este acto atraería la atención de los rabinos y le daría a él la oportunidad de instruirlos. Así sucedió. Los fariseos trajeron a Cristo ante el Sanedrín, el principal concilio de los judíos, para responder al cargo de profanar el sábado.

El Salvador declaró que su acción estaba de acuerdo con la ley del sábado, y en armonía con la voluntad y la obra de Dios. "Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro", dijo Jesús. Juan 5:17.

Dios obra continuamente para sostener toda la creación y a los seres

vivientes. ¿Había de cesar dicha obra en el sábado? ¿Debía Dios impedir que el sol cumpliera su función en el sábado? ¿Impediría que sus rayos calentaran la tierra y nutrieran la vegetación? ¿Debían los arroyos y las olas del mar detener su movimiento constante? ¿Debían el trigo y el maíz detener su continuo crecimiento, y las plantas dejar de florecer en sábado?

Si así sucediera, el hombre perdería los frutos de la tierra, y sus correspondientes bendiciones que sostienen su vida. La naturaleza debía continuar su obra o el hombre moriría. También el hombre tiene una obra que hacer en este día. Las necesidades de la vida deben ser atendidas, los enfermos sanados y los menesterosos cuidados para suplir sus necesidades. Dios no desea que sus criaturas sufran una hora de dolor que pueda ser aliviado en sábado o en cualquier otro día.

La obra del cielo nunca cesa, y nunca debemos descansar de hacer el bien. Lo que la ley nos prohíbe hacer en el día de descanso del Señor es nuestra propia obra. El trabajo para ganarnos la vida debe suspenderse.

Ninguna labor que tenga como fin el provecho propio o el placer mundano es lícita en este día. Pero el sábado no ha de ser usado en una actividad inútil. Así como Dios cesó en su obra creadora, y descansó en el sábado, también nosotros hemos de descansar. Nos pide que pongamos a un lado nuestras ocupaciones cotidianas y dediquemos esas horas sagradas a un descanso saludable, al culto y a las acciones santas.

Capítulo 12

El bien pastor

El Salvador habló de sí mismo como de un pastor y de los discípulos como de su rebaño. Dijo: "Yo soy el buen pastor y conozco mis ovejas, y las mías me conocen". Juan 10:14.

Cristo dijo esto para consolar a sus discípulos, ya que pronto los dejaría, y cuando no estuviera más con ellos, recordarían sus palabras.

Cada vez que vieran a un pastor con su rebaño, pensarían en el amor y el cuidado del Salvador por ellos.

En las rocosas colinas y en los bosques de aquellas tierras el pastor permanecía con su rebaño tanto de día como de noche, y lo conducía a las orillas del río, donde crecía el pasto verde y delicioso.

Durante la noche protegía a las ovejas del ataque de las bestias y de los ladrones que a menudo acechaban por las inmediaciones.

Cuidaba tiernamente de las débiles y las enfermas. Tomaba a los corderitos en sus brazos y los llevaba junto a su pecho.

Por grande que fuera el rebaño, el pastor conocía a todas sus ovejas. Tenía un nombre para cada una, y las llamaba por él.

Así Cristo, el Pastor celestial, cuida su rebaño que está esparcido por el mundo. Nos conoce a todos por nuestro nombre, sabe en qué casa vivimos y cómo se llaman sus ocupantes. Cuida de cada uno como si no hubiera otro en

todo el mundo.

El pastor iba delante de sus ovejas y hacía frente a todos los peligros. Luchaba con las bestias salvajes y con los ladrones. A veces el pastor moría defendiendo su rebaño.

Del mismo modo el Salvador cuida su rebaño de discípulos. Fue delante de nosotros para enfrentar el peligro. Vivió en esta tierra como nosotros, siendo un niño, un joven y un hombre. Venció a Satanás y todas sus tentaciones para que nosotros también podamos vencer.

Murió para salvarnos y, aunque ahora está en el cielo, no nos olvida ni por un momento. Cuida con seguridad a cada una de sus ovejas. Ninguno de los que lo sigan podrá ser atrapado por el gran enemigo.

Un pastor podía tener cien ovejas, pero si una faltaba, no se quedaba con las que se hallaban en el redil, sino que salía a buscar a la que se había perdido.

Solía andar en la noche oscura, en la tormenta, sobre montañas y valles. No descansaba hasta encontrar la oveja perdida.

Entonces la tomaba en sus brazos y la traía de vuelta al redil. No se quejaba de la larga y dura búsqueda, sino que decía alegremente: "Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido". Lucas 15:4-7.

De esta manera vemos que el Salvador y Pastor no cuida solamente a los que se hallan en el redil. El dice: "El Hijo del hombre ha venido para salvar lo que se había perdido". Mateo 18:11.

"Os dijo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que de noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento". Lucas 15:7.

Todos pecamos y nos hemos apartado del camino de Dios. Por esto Cristo nos compara con ovejas desorientadas que andan fuera del redil. El vino para ayudarnos a vivir sin pecado. A esto le llama traernos de vuelta al aprisco.

Cuando regresamos con el pastor y dejamos de pecar, Cristo dice a los ángeles en el cielo: "Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido". Lucas 15:6.

Entonces el coro celestial entona un canto jubiloso que llena todo el cielo con la más hermosa melodía.

Cristo nunca nos ha presentado la figura de un pastor entristecido que regresa sin la oveja. Esto es una garantía de que ni una sola oveja alejada del redil de Dios es olvidada.

No deja a ninguna sin ayuda. El Salvador recuperará de los desiertos del pecado a todo el que esté dispuesto a dejarse rescatar.

¡Anítese aquel que se haya alejado del redil! El buen Pastor está buscándote. Recuerda que su obra es "salvar lo que se había perdido". Esto te incluye a ti.

Sin dudas de la posibilidad de tu salvación, es como si desconfiaras del poder salvador de Aquel que te compró a un costo infinito. Que la fe tome el lugar de la incredulidad. Mira las manos que fueron perforadas en tu favor, y regocíjate en su poder para salvar.

Recuerda que Dios y Cristo están interesados en ti, y que toda la hueste de los cielos está ocupada en la obra de salvar a los pecadores.

"¡Señor, sálvame!"

Cuando Cristo estuvo en la tierra, demostró con sus milagros que tenía poder para salvar hasta lo sumo. Curando las enfermedades del cuerpo, manifestó su capacidad para eliminar el pecado del corazón.

Hizo que el cojo caminara, que el sordo oyera y que el ciego viera. Limpió a los pobres leprosos, sanó al hombre paralítico y a los que tenían todo tipo de enfermedad.

Por su palabra, aun los demonios eran arrojados fuera de aquellos a quienes poseían. Los que observaban estas obras maravillosas quedaban asombrados y decían: "¿Qué palabra es ésta, que con autoridad y poder manda a los espíritus impuros, y salen?" Lucas 4:36.

A la orden de Jesús, Pedro pudo caminar sobre el agua. Pero tuvo que mantener sus ojos sobre el Salvador. Tan pronto como apartó su mirada, comenzó a dudar y a hundirse.

Entonces clamó: "¡Señor, sálvame! Al momento Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo". Mateo 14:28-31. De la misma manera Cristo extenderá su mano para salvar a todo aquél que clame a él por ayuda.

Aun los muertos eran resucitados por el Salvador. Uno de ellos fue el hijo de la viuda de Naín. La gente lo conducía a la tumba cuando Jesús lo encontró. Tomó al joven por la mano, lo levantó y lo entregó vivo a su madre. Entonces los componentes de la procesión fúnebre regresaron a sus

hogares cantando y glorificando a Dios.

Así también la hija de Jairo fue levantada por la palabra de Cristo; y Lázaro que había estado muerto durante cuatro días, fue llamado a salir de la tumba.

Cuando Cristo vuelva a la tierra, su voz abrirá las tumbas, y "los muertos en Cristo resucitarán" a una vida gloriosa e inmortal y estarán "siempre con el Señor". 1 Tesalonicenses 4:16, 17.

Fue una obra maravillosa la que el Señor hizo durante su ministerio en la tierra. Él mismo se refirió a ella en la respuesta que envió a Juan el Bautista. Juan estaba en la prisión, desalentado y desconcertado por la duda de si Jesús era realmente el Mesías. De manera que envió a algunos de sus seguidores a preguntar al Salvador:

"¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?" Mateo 11:3.

Cuando los mensajeros encontraron a Jesús, lo vieron rodeado de muchos enfermos a quienes estaba sanando. Lo esperaron todo el día mientras él trabajaba con incansable actividad para ayudar a los que sufrían. Por fin, Cristo les dijo:

"Id y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio". Mateo 11:4.

Así, durante tres años y medio, Jesús "anduvo haciendo bienes". Entonces llegó el tiempo cuando su ministerio en la tierra debía terminar. Junto con sus discípulos debía ir a Jerusalén para ser traicionado, condenado y crucificado.

Así se cumplirían sus propias palabras: "El buen pastor su vida da por las ovejas". Juan 10:11.

"Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores... fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de nosotros". Isaías 53:4-6.

Capítulo 13

El príncipe de paz

Jesús se acercaba a Jerusalén para asistir a la Pascua. Se hallaba rodeado de multitudes que también iban a esta gran fiesta anual.

Por orden suya, dos de sus discípulos trajeron un asno joven para que pudiera entrar cabalgando en Jerusalén. Extendieron sus mantos sobre la bestia, y montaron a su Señor sobre ella.

Inmediatamente resonó en los aires un vibrante grito de triunfo. La multitud lo aclamaba como su Mesías y Rey. Más de quinientos años antes, el profeta había predicho esta escena:

"¡Alégrate mucho, hija de Sión!... Mira que tu rey vendrá a ti... humilde, cabalgando sobre un asno". Zacarías 9:9.

La multitud aumentaba rápidamente, y todos estaban felices y entusiasmados. No podían ofrecerle regalos costosos en su camino pero extendieron sus mantos, como alfombra.

Quebraban de los árboles ramas hermosas de olivos y palmas y las esparcían en el camino. Pensaban que estaban escoltando a Jesús para tomar posesión del trono de David en Jerusalén.

Hasta entonces, el Salvador nunca había permitido que sus seguidores le tributaran honores reales. Pero en esta ocasión, especialmente, deseaba manifestarse al mundo como su Redentor.

El Hijo de Dios estaba por ser sacrificado por los pecados de los hombres. Su iglesia, en todas las edades siguientes, debía hacer de su muerte un tema de profunda meditación y estudio. Por lo tanto, era necesario que los ojos de toda la gente se dirigieran hacia él.

Después de una manifestación como ésta, sería imposible ocultarle al mundo las escenas de su juicio y su condenación. Dios quería que todo lo que ocurriese en los días finales de la vida del Salvador, fuera tan notorio y destacado que no hubiera poder alguno capaz de sepultarlo en el olvido.

En la vasta multitud que rodeaba a Jesús estaban las evidencias de su poder milagroso.

Encabezaban la procesión los ciegos a quienes había devuelto la vista.

Los mudos cuyas lenguas había soltado, prorrumpían en las hosannas más inspiradoras.

Los paralíticos a quienes había sanado saltaban de gozo, y eran los más activos en arrancar ramas de palmas y en agitarlas delante de él.

Viudas y huérfanos exaltaban el nombre de Jesús por sus obras de misericordia en su favor.

Los que habían sido aborrecidos por causa de la lepra y habían sido sanados por el poder de su palabra, tapizaban el camino con sus vestiduras.

También estaban allí los que habían sido resucitados de los muertos por la voz creadora y restauradora del Salvador.

Y Lázaro, cuyo cuerpo había sufrido la descomposición en la tumba,

pero que ahora gozaba de la fortaleza de una gloriosa virilidad, estaba con la feliz multitud que escoltaba al Salvador en su desplazamiento rumbo a Jerusalén.

A medida que se añadían nuevos grupos a la procesión, estas personas captaban la inspiración de esa hora y se unían en los clamores, cuyos ecos resonaban de colina en colina y de valle en valle:

"¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!" Mateo 21:9.

"Maestro, reprende a tus discípulos"

Muchos fariseos presenciaron esta escena con desagrado, porque sintieron que estaban perdiendo el dominio sobre el pueblo. Con toda su autoridad trataron de silenciar a los manifestantes, pero sus amenazas y discursos sólo aumentaban el entusiasmo de los creyentes.

En vista de que no podían dominar al pueblo, se abrieron paso a través de la multitud hasta donde se encontraba Jesús, y le dijeron: "Maestro, reprende a tus discípulos".

Declararon que un tumulto tal era ilegal, y que no sería permitido por los gobernantes.

Jesús dijo: "Os digo que si éstos callaran las piedras clamarían". Lucas 19:39, 40.

Esta escena de triunfo había sido señalada por Dios mismo y predicha por los profetas, y ningún poder terrenal podía detenerla. La obra de Dios siempre irá adelante a pesar de todo lo que el hombre intente hacer para

obstaculizarla o destruirla.

Cuando la procesión llegó a la cima de la colina desde la cual se divisa Jerusalén, observó el esplendor y la magnificencia de la ciudad.

La vasta multitud apaciguó sus clamores, fascinada por la repentina visión de la belleza que contemplaron. Todos los ojos se volvieron hacia el Salvador, esperando ver en su rostro la admiración que ellos mismos sentían.

Jesús se detuvo y una nube de tristeza cubrió su faz, mientras la multitud asombrada lo veía irrumpir en llanto.

Los que rodeaban al Salvador no podían entender su dolor; lloraba por la ciudad condenada a la destrucción.

Jerusalén había sido la niña de sus ojos y su corazón estaba lleno de angustia al comprender que pronto quedaría desolada.

Si sus habitantes hubiesen aceptado las enseñanzas de Cristo y lo hubiesen recibido como Salvador, Jerusalén habría "permanecido para siempre".

Habría llegado a ser la reina de los reinos, libre con la fuerza de su poder, concedido por Dios.

No se hubiesen visto entonces soldados armados guardando sus puertas, ni ninguna bandera romana flameando sobre sus muros.

Desde Jerusalén, la paloma de la paz hubiera salido hacia todas las naciones. Esta ciudad podría haber sido la gloria culminante del mundo.

Pero los judíos habían rechazado a su Salvador y estaban por crucificar a su Rey. Aquella tarde al ponerse el sol, la condenación de Jerusalén estaría sellada para siempre. (Unos cuarenta años después, Jerusalén fue totalmente destruida y quemada con fuego por el ejército romano.)

Cuando los gobernantes recibieron informes de que Jesús se estaba acercando a la ciudad rodeado de una vasta compañía de seguidores, salieron para encontrarlo con la esperanza de disolver la multitud. Con manifestación de gran autoridad preguntaron: "¿Quién es este?" Mateo 21:10.

Los discípulos, llenos del Espíritu de inspiración, contestaron con la profecía acerca de Cristo: "Adán os dirá: 'Es la simiente de la mujer que herirá la cabeza de la serpiente'. Génesis 3:15.

"Preguntad a Abrahán. El os dirá: 'Es Melquisedec, el Rey de Salem, el Rey de paz'. Génesis 14:18.

"Jacob os dirá: 'El es Shiloh, de la tribu de Judá'. Génesis 49:9, 10.

"Isaías replicará: 'Emanuel, Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz'. Isaías 7:14; 9:6.

"Jeremías responderá: 'La rama de David, el Señor, nuestra justicia'. Jeremías 23:5, 6.

"Daniel os dirá: 'Es el Mesías'. Daniel 9:25.

"Oseas contestará: 'Es el Señor, Dios de los ejércitos, Jehová es su nombre'. Oseas 12:5.

"Juan el Bautista os dirá: 'Es el Cordero de Dios, que quita el pecado

del mundo'. Juan 1:29.

"El gran Jehová ha proclamado desde su trono: 'Este es mi Hijo amado'. Mateo 3:17.

"Nosotros, sus discípulos, declaramos: 'Este es Jesús, el Mesías, el Príncipe de la vida, el Redentor'.

"Y hasta el príncipe de las potestades de las tinieblas lo reconoce diciendo: 'Sé quién eres, el Santo de Dios'". Marcos 1:24.

Capítulo 14

La purificación del templo

Al día siguiente Jesús fue al templo. Tres años antes había encontrado allí a hombres que compraban y vendían en el atrio exterior, y los había reprendido y expulsado de esos recintos sagrados.

Ahora, al llegar de nuevo al templo, encontró que ese tráfico continuaba realizándose. El atrio estaba lleno de vacas, ovejas y aves. Estos animales eran vendidos a los que deseaban ofrecer sacrificio por sus pecados.

Los vendedores se aprovechaban y practicaban toda clase de extorsiones y robos. Los ruidos y los gritos que salían de aquel patio eran tan fuertes, que perturbaban seriamente a los que en el interior participaban del culto.

Cristo se detuvo en las escalinatas del templo, y de nuevo su penetrante mirada recorrió el patio. Todos los ojos se volvieron hacia él. Las voces del pueblo y el bullicio del ganado se apaciguaron. Todos miraron con admiración y temor al Hijo de Dios.

La divinidad fulguró a través de la humanidad, exteriorización que dio a Jesús una dignidad y una gloria que nunca antes había manifestado. El silencio se hizo casi insoportable. Por fin exclamó en tono claro, y con un poder que estremeció a la gente como si fuese una tempestad desatada:

"Escrito está: 'Mi casa, es casa de oración', pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones". Lucas 19:46.

Con mayor autoridad de la que había manifestado tres años antes, ordenó:

"Quitad esto de aquí". Juan 2:16.

En la ocasión anterior, los sacerdotes y príncipes del templo habían huido al escuchar su voz. Avergonzados de su temor decidieron que jamás volverían a escapar de esa manera.

Sin embargo, ahora al estar más aterrorizados, y con mayor prisa de huir que en la ocasión anterior, obedecieron su mandato y salieron apresuradamente del templo, llevándose su ganado con ellos.

Pronto el atrio se llenó de personas que traían a sus enfermos para ser sanados por Jesús. Algunos se estaban muriendo y sentían su angustiosa necesidad.

Fijaron sus ojos implorantes en el rostro de Cristo, temiendo ver en el la severidad con que había expulsado a los compradores y vendedores, pero en su semblante vieron sólo amor y tierna piedad.

Jesús recibió bondadosamente a los enfermos, y el dolor y el sufrimiento desapareció al toque de su mano. Tiernamente tomó a los niños en sus brazos, los calmó, desterró la enfermedad y el dolor de sus cuerpecitos y los devolvió a sus madres, sonrientes y rebosantes de salud.

¡Qué escena se encontraron los sacerdotes y los príncipes cuando cautelosamente regresaron al templo! Oían las voces de hombres, mujeres y niños alabando a Dios.

Vieron a los enfermos curados, a los ciegos con la vista restaurada, a

los sordos que escuchaban y a los paralíticos que saltaban de gozo.

Los niños iniciaron estos actos de regocijo. Repitieron los hosannas del día anterior y agitaron palmas ante el Salvador. El templo resonaba una y otra vez con sus aclamaciones:

"¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!" Mateo 21:9.

"Mira que tu rey vendrá a ti, justo y salvador". Zacarías 9:9.

Los príncipes trataron de silenciar las aclamaciones de los niños felices, pero todos estaban tan llenos de gozo y alabanza por las maravillosas obras de Jesús que no querían callar.

Esperando que Jesús detuviera la manifestación, le preguntaron:

"¿Oyes lo que éstos dicen?"

Y Jesús replicó: "Sí. ¿Nunca leísteis: 'De la boca de los niños y de los que aún maman, fundaste la fortaleza?'" Mateo 21:16.

El bendito privilegio de proclamar el nacimiento de Cristo y de anunciar su obra en la tierra había sido rehusado por los arrogantes príncipes del pueblo.

Las alabanzas ahora debían resonar, y Dios escogió a los niños para que lo hicieran. Si las voces de estos niños hubieran sido silenciadas, las columnas del templo habrían proclamado las alabanzas al Salvador.

Capítulo 15

El significado de la última pascua

Los israelitas participaron por primera vez de la cena de Pascua en ocasión de su liberación del cautiverio egipcio.

Dios había prometido liberarlos y les había dicho que los hijos primogénitos de cada familia de los egipcios serían muertos.

Les pidió que sacrificaran un cordero y pintaran con su sangre los postes y dinteles de las puertas, para que el ángel de la muerte los pasara por alto.

Esa misma noche debían asarlo y comerlo, con pan sin levadura y hierbas amargas, que representaban la amargura de su esclavitud.

Después de comerlo debían estar todos listos para el viaje, con los pies calzados y los cayados en sus manos.

Hicieron como el Señor les había ordenado, y esa misma noche el rey de Egipto envió la noticia de que podían irse en libertad. Así, antes del amanecer, comenzaron su viaje a la tierra prometida.

Desde entonces, los israelitas acostumbraban celebrar cada año la fiesta de la Pascua en Jerusalén. Todas las familias la conmemoraban con un cordero asado, pan y hierbas amargas, como sus antepasados lo habían hecho en Egipto. Mientras cenaban, narraban a sus hijos la historia de la bondad de Dios al liberar a su pueblo de la esclavitud.

El hombre con el cántaro

La fiesta se acercaba y Cristo deseaba celebrarla con sus discípulos. Les dijo a Pedro y a Juan que buscaran un lugar y lo acondicionaran para la cena de Pascua.

Muchísima gente solía venir a Jerusalén para esta ocasión, y los que vivían en la ciudad siempre prestaban un lugar en sus casas para que los visitantes pudieran observar la fiesta sin impedimentos.

Jesús dijo a Pedro y a Juan que cuando anduvieran por la calle, encontrarían a un hombre con un cántaro de agua. Debían seguirlo a la casa adonde iba, y decir al propietario:

"El Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la Pascua con mis discípulos?" Lucas 22:11.

Entonces el hombre les mostraría en el piso alto una gran sala con los muebles necesarios; allí habrían de preparar la cena de Pascua. Todo ocurrió exactamente como el Salvador les había anticipado.

Esta vez los discípulos se hallaban solos con Jesús. En años anteriores estas fiestas habían sido motivo de mucho gozo para ellos. Pero ahora notaban que Jesús estaba afligido.

Por fin les dijo en un tono de tristeza conmovedora:

"¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca!"

Llenó una copa con el vino dulce que había en la mesa, y "dio gracias y

dijo: Tomad esto, y repartiadlo entre vosotros, porque os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta que el reino de Dios venga". Lucas 22:15, 17, 18.

Era ésta la última vez que Cristo celebraría la fiesta con sus discípulos. En realidad, era la última Pascua que había de observarse jamás. El cordero que se sacrificaba representaba la muerte de Cristo; y cuando Cristo, el Cordero de Dios, fuera sacrificado por los pecados del mundo, ya no habría necesidad de sacrificar un cordero para simbolizar su muerte.

Cuando los judíos rechazaron definitivamente a Cristo entregándolo a la muerte, rechazaron también todo lo que daba a esta fiesta su valor y significado. Por lo tanto la observancia de esta ceremonia por parte de ellos dejó de tener valor.

Mientras Cristo participaba de aquel servicio pascual, tenía ante sí las escenas de su gran sacrificio. Se hallaba ahora bajo la sombra de la cruz y el dolor oprimía su corazón. Presentía toda la angustia que le esperaba.

Conocía la ingratitud y la crueldad que le mostrarían aquellos a quienes había venido a salvar. Pero no pensaba en su propio sufrimiento, sino que se compadecía de los que perderían la vida eterna por causa de rechazar a su Salvador.

Sus discípulos ocupaban el primer lugar en su mente. Sabía que después que terminara su propio sufrimiento ellos serían dejados solos para luchar en el mundo.

Tenía para decirles muchas cosas que animarían sus corazones cuando no estuviera más con ellos. Quería decírselas en ésta su última reunión antes de su muerte.

Pero no pudo hacerlo, porque vio que no estaban preparados para escuchar sus palabras.

Habían estado discutiendo entre ellos. Todavía pensaban que Cristo se proclamaría rey, y cada uno de ellos deseaba el cargo más alto en ese reino. Así que entre ellos había sentimientos de celo y enojo de unos contra otros.

Jesús lava los pies de sus discípulos

Había otra causa de dificultad. En ocasión de la fiesta, era la costumbre que un siervo lavara los pies de los huéspedes, y en esta oportunidad se habían hecho los preparativos para el servicio. La jarra con el agua, la palangana y la toalla, estaban allí, listas para el lavado de los pies, pero ningún sirviente se hallaba presente, por lo tanto correspondía a los discípulos realizar el lavamiento.

Pero ninguno estaba dispuesto a ser siervo de sus hermanos. Ni a lavar sus pies. De manera que se quedaron en silencio en los lugares que habían ocupado alrededor de la mesa.

Jesús esperó un poco para ver lo que harían. Entonces él mismo se levantó, se ató la toalla a la cintura, echó agua en la palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos. Se había sentido afligido por su disputa, pero no los reprochó con palabras ásperas, sino que manifestó su amor actuando como siervo de sus propios discípulos. Cuando hubo terminado, les dijo:

"Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros". Juan 13:14, 15.

De este modo Cristo les enseñó que debían ayudarse unos a otros. En

vez de buscar el lugar más alto para sí mismo, cada uno debe estar dispuesto a servir a sus hermanos.

El Salvador vino al mundo para trabajar por los demás. Vivió para ayudar y salvar a los que estaban en necesidad y en pecado. Desea que nosotros hagamos lo mismo.

Los discípulos se sentían ahora avergonzados de sus celos y egoísmo y sus corazones se llenaron de amor por su Señor y por los demás. Ahora podían prestar oído a la enseñanza de Cristo.

Mientras estaban quietos en torno a la mesa, Jesús tomó el pan, y habiendo dado gracias, lo partió, y les dio diciendo: "Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí.

"De igual manera, después de haber cenado, tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama". Lucas 22:19, 20.

La Biblia dice: "Así pues, todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga". 1 Corintios 11:26.

El pan y el mosto representan el cuerpo y la sangre de Cristo. Así como el pan fue quebrado, y el vino vertido, sobre la cruz el cuerpo de Cristo fue quebrantado y su sangre derramada para salvarnos.

De manera que al comer el pan y beber el vino, expresamos que creemos en esto, que nos arrepentimos de nuestros pecados y que recibimos a Cristo como nuestro Salvador.

"¿Soy yo, señor?"

Cuando se sentaron de nuevo a la mesa con Jesús, vieron que todavía estaba profundamente angustiado. Una nube de tristeza se posó sobre todos ellos y quedaron en silencio.

Por fin Jesús habló y dijo: "De cierto os digo, que uno de vosotros me ha de entregar".

Los discípulos estaban afligidos y sorprendidos al oír estas palabras. Cada uno empezó a investigar su corazón para ver si había alguna sombra de pensamiento negativo contra su Maestro.

Uno tras otro preguntó: "¿Soy yo, Señor?"

Judas fue el único que permaneció silencioso. Esto atrajo las miradas de todos hacia él. Cuando vio que era observado, preguntó: "¿Soy yo, Maestro?"

Jesús le respondió con voz solemne: "Tú lo has dicho". Mateo 26:21, 22, 25.

Jesús había lavado los pies de Judas, pero este acto no lo hizo amar al Salvador más que antes. Al contrario, se enojó porque Cristo realizó la obra de un sirviente. Comprendió entonces que Jesús no sería rey, y se sintió más decidido a traicionarlo.

Ni siquiera sintió temor cuando descubrió que el Maestro conocía su propósito. Muy enojado salió rápidamente de la habitación a concretar su malvado plan. La salida de Judas fue un alivio para todos los presentes. El rostro del Salvador se iluminó, y las sombras de tristeza se disiparon de sus

discípulos.

Cristo habló por algunos momentos con ellos. Les dijo que iba a la casa de su Padre a preparar lugar y vendría luego para llevarlos consigo.

Prometió enviar al Espíritu Santo para que fuera su Maestro y Consolador mientras él no estuviera. Les dijo que oraran en su nombre y que sus oraciones seguramente serían contestadas.

Luego oró por ellos pidiendo que fueran guardados del mal, y que se amaran unos a otros como él los había amado.

No sólo oró por ellos, sino que también se acordó de nosotros cuando dijo:

"Pero no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste... y que los has amado a ellos como también a mí me has amado". Juan 17:20-23.

Capítulo 16

En el Getsemaní

La existencia del Salvador en la tierra se caracterizó por su vida de oración. Muchas fueron las horas que pasó a solas con Dios. A menudo elevaba fervientes peticiones a su Padre celestial. De ese modo obtuvo la fuerza y sabiduría que lo sostuvieron en su obra y que lo libraron de caer en las tentaciones de Satanás.

Después de celebrar la cena de Pascua, Jesús se fue con sus discípulos al jardín del Getsemaní, adonde a menudo iba a orar. Mientras caminaba, hablaba con ellos y les enseñaba; pero al acercarse al jardín, se fue sumiendo en un extraño silencio. Durante toda su vida en la tierra había estado en íntima comunión con su Padre. El Espíritu de Dios había sido su guía y su apoyo constante. Siempre daba gloria a Dios por las obras que hacía, diciendo: "No puedo yo hacer nada por mí mismo". Juan 5:30.

No podemos hacer nada por nosotros mismos. Solamente si confiamos en Cristo con toda nuestra fuerza podremos vencer y hacer su voluntad. Debemos tener en él la misma confianza sencilla e infantil que él tenía en su Padre. Cristo dijo: "Separados de mí nada podéis hacer". Juan 15:5.

La terrible noche de agonía comenzó para el Salvador cuando se acercaron al jardín. Parecía que la presencia de Dios, que lo había sostenido siempre, ahora lo abandonaba. Comenzaba a sentir lo que significa ser excluido de la presencia de su Padre.

Cristo debía llevar los pecados de la humanidad. Al ser colocados ahora sobre él, parecían más pesados de lo que podría soportar. Tan terrible

le pareció la culpa del pecado, que se sintió tentado a temer que perdería para siempre el amor de su Padre.

Al comprender cuán terrible es el desagrado que siente Dios hacia el mal, exclamó: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte". Mateo 26:38.

Cerca de la entrada del huerto, Jesús dejó a sus discípulos, excepto a Pedro, Santiago y Juan, con quienes entró en el jardín, a un lugar más apartado. Estos tres eran sus más fervientes seguidores y habían sido sus más íntimos compañeros. Pero aún así no quería que ellos presenciaran el sufrimiento que iba a soportar. Por eso les dijo:

"Quedaos aquí, y velad conmigo". Mateo 26:38. Se alejó un poco de ellos y cayó postrado en el suelo. Sentía que el pecado lo estaba separado del Padre. El abismo que se abría entre su Padre y él parecía tan ancho, tan negro, tan profundo, que su espíritu se estremeció.

Cristo no estaba sufriendo por sus propios pecados, sino por los pecados del mundo. Estaba sintiendo el desagrado de Dios contra el pecado, como lo sentirá el pecador en el gran día del juicio.

En su agonía, Cristo se aferró a la tierra fría. De sus pálidos labios se escapó el amargo clamor: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú". Mateo 26:39.

Durante una hora Jesús soportó solo este terrible sufrimiento. Entonces, levantándose, fue a donde había dejado a sus discípulos, esperando recibir alguna palabra de aliento. Pero en vez de eso, los encontró dormidos, cuando el Salvador más necesitaba de sus oraciones. Se despertaron al escuchar su voz, pero casi no lo reconocieron, pues su rostro estaba muy cambiado por la angustia. Dirigiéndose a Pedro, le dijo:

"Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?" Marcos 14:37.

Poco antes de llegar al huerto de Getsemaní, Cristo había dicho a sus discípulos: "Todos os escandalizaréis en mí esta noche". Marcos 14:27. Pero ellos le habían dado la más firme seguridad de que irían con él a la prisión y a la muerte. Y el pobre Pedro, lleno de suficiencia propia, había añadido: "Aunque todos se escandalicen, yo no". Marcos 14:29.

Como los discípulos confiaban en sí mismos, no acudieron al poderoso ayudador como Cristo les había aconsejado. De manera que cuando el Salvador más necesitaba de su simpatía y sus oraciones, estaban dormidos. Hasta el mismo Pedro estaba durmiendo.

Y Juan, el discípulo amado, que tantas veces se había reclinado sobre el pecho de Jesús, también estaba dormido. El amor por su Maestro debía mantenerlo despierto. Sus fervientes oraciones debieron haberse unido a las de su amado Salvador en aquellos momentos de gran agonía. El Redentor había pasado noches enteras orando por sus discípulos, para que su fe no flaqueara en la hora de la prueba. Sin embargo, ellos no pudieron permanecer despiertos con él ni siquiera una hora.

Si en este momento Jesús les hubiera preguntado a Santiago y a Juan: "¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo que yo soy bautizado?", ellos no hubiesen contestado tan rápidamente como lo hicieron antes: "Podemos". Marcos 10:38, 39.

El corazón del Salvador estaba lleno de piedad y simpatía ante la debilidad de sus discípulos. Temía que no pudieran soportar la prueba que su sufrimiento y muerte les traería.

Sin embargo, no les reprochó duramente por su debilidad. Pensó en las pruebas que los esperaban y les dijo: "Velad y orad, para que no entréis en tentación".

Aunque le habían fallado, los disculpó bondadosamente, añadiendo: "El espíritu a la verdad está presto, pero la carne es débil". Mateo 26:41. ¡Qué hermoso ejemplo de tierna y amante piedad nos dio el Salvador!

"¡Hágase tu voluntad!"

Por segunda vez el Hijo de Dios se sintió dominado por una agonía sobrehumana. Exhausto y desfalleciente, se retiró con paso vacilante y oró como lo había hecho al principio:

"Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo lo beba, hágase tu voluntad". Mateo 26:42.

La agonía de esta oración extrajo gotas de sangre de sus poros. De nuevo buscó a los discípulos para encontrar simpatía, y otra vez los halló dormidos. Su presencia los despertó. Miraron su rostro con temor, porque estaba manchado de sangre, pero no podían entender la angustia mental que se reflejaba en su semblante.

Por tercera vez volvió a su lugar de oración y se sintió como vencido por el horror de una gran oscuridad. Había perdido la presencia de su Padre y temía que sin ella su naturaleza humana no pudiese resistir la terrible prueba.

Por tercera vez hizo la misma súplica. Los ángeles estaban ansiosos por aliviarlo, pero no podía ser así. Era preciso que el Hijo de Dios bebiera aquella copa, o el mundo quedaría perdido para siempre. Cristo vio la condición indefensa del hombre. Él vio el poder del pecado. Los clamores de

un mundo condenado pasaron como una cinta delante de él.

Entonces, hizo la decisión final: salvará al hombre no importa cuánto le cueste. Ha dejado los atrios del cielo, donde todo es pureza, felicidad y gloria, para salvar a la única oveja perdida, al único mundo que cayó por la transgresión, y no abandonará su propósito. Su oración reveló una sumisión completa:

"Si no puede pasar de mí esta copa sin que yo lo beba, hágase tu voluntad". Mateo 26:42.

Después de hacer esta decisión, cayó al suelo moribundo. Ningún discípulo estaba allí, para colocar su mano tiernamente bajo la cabeza del Maestro y enjugar el sangriento sudor de su frente.

Pero Dios sufrió con su Hijo. Los ángeles contemplaban la agonía del Salvador. Había silencio en el cielo. Las arpas enmudecieron. Si los hombres hubieran podido ver la consternación de la hueste angelical, mientras en doloroso silencio observaban al Padre que retiraba sus rayos de luz, amor y gloria de su querido Hijo, entenderían mejor cuán ofensivo es a su vista el pecado.

Un ángel poderoso llegó al lado de Cristo. Levantó la cabeza del divino doliente y la reclinó sobre su pecho. Señalando al cielo le dijo que había vencido a Satanás, y que, como resultado, millones triunfarían en su reino de gloria.

Una paz celestial se reflejó en el ensangrentado rostro del Salvador. Había soportado lo que ningún ser humano podría jamás aguantar, porque había experimentado los sufrimientos de la muerte de todos los hombres.

De nuevo Cristo buscó a sus discípulos, y otra vez los encontró durmiendo. Si ellos hubieran permanecido despiertos, velando y orando con su Salvador, habrían recibido fuerzas para la prueba que los aguardaba. Al perder esto, no dispusieron de fortaleza cuando más la necesitaban.

Mirándolos con tristeza, Cristo dijo: "¡Dormid ya, y descansad! Ha llegado la hora, y el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores". Mateo 26:45.

Mientras él hablaba estas palabras oyó los pasos de la turba que venía a buscarlo. Entonces añadió:

"¡Levantaos, vamos! Ved, se acerca el que me entrega". Mateo 26:46.

Capítulo 17

Traición y arresto de Jesús

Quando Jesús se dirigió al encuentro de su traidor, no se veía en su rostro ninguna huella del sufrimiento por el cual acababa de pasar. Adelantándose a sus discípulos, preguntó a la turba:

"¿A quién buscáis?"

Ellos respondieron: "A Jesús nazareno".

Jesús les dijo: "Yo soy". Juan 18:4, 5.

Al pronunciar Jesús estas palabras, el ángel que acababa de auxiliarlo se interpuso entre él y la muchedumbre. Una luz divina iluminaba el semblante del Salvador, y la figura de una paloma volaba sobre él.

La turba criminal no pudo soportar ni por un momento la presencia de esta gloria divina. Retrocedieron, y los sacerdotes, los ancianos y los soldados cayeron como muertos al suelo.

El ángel se retiró, y la luz se desvaneció. Jesús podía haber escapado, sin embargo permaneció tranquilo y con pleno dominio de sí mismo. En cambio sus discípulos estaban demasiado asustados como para pronunciar una palabra.

Los soldados romanos se recobraron rápidamente del susto y, junto con los sacerdotes y Judas, rodearon a Jesús. Parecían avergonzados de su debilidad, y temerosos de que él escapara. De nuevo Cristo les preguntó: "¿A

quién buscáis?"

De nuevo contestaron: "A Jesús nazareno". El Salvador dijo entonces: "Os he dicho que yo soy. Si me buscáis a mí, dejad ir a estos". Juan 18:7, 8.

En esta hora de prueba, los pensamientos de Cristo eran para sus queridos discípulos. No deseaba que sufrieran, aun cuando él tuviera que ir a la prisión y a la muerte.

El traidor

Judas, el traidor, no se olvidó de la parte que debía desempeñar. Se acercó a Jesús y lo besó.

El Señor le dijo: "Amigo, ¿a qué vienes?" Mateo 26:50. Y luego, con voz temblorosa, añadió: "¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?" Lucas 22:48.

Estas bondadosas palabras debían haber tocado el corazón de Judas, pero ya no le quedaba ningún sentimiento de ternura y honor. Judas se había entregado al dominio de Satanás. Se mostró arrogante delante del Señor, y no se avergonzó de entregarlo a la turba cruel.

Cristo no rechazó el beso del traidor, con lo que nos dio un ejemplo de tolerancia, amor y piedad. Si somos sus discípulos, debemos tratar a nuestros enemigos como él trató a Judas.

La turba asesina se envalentonó cuando vio a Judas tocar a quien recientemente había sido glorificado delante de sus ojos. Enseguida prendieron al Salvador y ataron aquellas manos que siempre habían sido extendidas para hacer el bien.

Los discípulos no pensaban que Cristo permitiría que lo arrestaran. No tenían la menor duda de que el mismo poder que había hecho caer como muertos a aquellos hombres, podía protegerlos a ellos hasta escapar junto con Jesús.

Se sintieron desilusionados e indignados al ver que ataban con cuerdas las manos de Aquel a quien amaban. Pedro, en su enojo, rápidamente sacó su espada y trató de defender a su Maestro, pero sólo logró cortar una oreja del siervo del sumo sacerdote.

Cuando Jesús vio lo que Pedro había hecho, se soltó las manos, aunque los soldados romanos las sostenían con firmeza, y diciendo: "Basta ya; dejad" (Lucas 22:51), tocó la oreja herida y ésta quedó inmediatamente sana.

Luego le dijo a Pedro: "Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y él me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?" Mateo 26:52-54. "La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?" Juan 18:11.

Después se volvió a los sacerdotes y a los principales del templo, que estaban con la turba, y les dijo: "¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día estaba con vosotros enseñando en el Templo y no me prendisteis; pero así es, para que se cumplan las Escrituras". Marcos 14:48, 49.

Los discípulos se sintieron ofendidos cuando vieron que el Salvador no realizaba ningún esfuerzo para liberarse de sus enemigos. Lo culparon por no haberlo hecho. No podían entender su sumisión a la turba, y, presa del terror,

lo abandonaron y huyeron.

Cristo había predicho esta deserción. Había dicho: "La hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado y me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo". Juan 16:32.

Capítulo 18

Ante Anás y Caifás

Llevaron a Jesús desde el huerto de Getsemaní hasta la ciudad dormida. Seguido de la turba ruidosa, avanzaba con dolor, porque iba con las manos fuertemente atadas y estaba muy custodiado.

Primero fue llevado a la casa de Anás, que antes había sido el sumo pontífice; ahora ese cargo lo ocupaba su yerno Caifás. El malvado Anás quería ser el primero en ver cautivo y atado a Jesús de Nazaret. Tenía la esperanza de obtener de él alguna evidencia por la cual pudiera lograr su condenación.

Con este propósito le hizo preguntar acerca de sus discípulos y a sus enseñanzas. Cristo contestó:

"Yo públicamente he hablado al mundo. Siempre he enseñado en la sinagoga y en el Templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he hablado en oculto".

Luego, volviéndose al inquisidor, dijo: "¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta, a los que han oído, de qué les he hablado; ellos saben lo que yo he dicho". Juan 18:20, 21.

Estos mismos habían puesto espías para vigilar a Cristo e informar todo lo que decía. Por medio de estos agentes conocían todas sus declaraciones y todas sus obras. Además habían tratado de entramparlo con sus palabras, con el fin de poder encontrar algo por lo cual condenarlo. Por eso el Salvador dijo: "Pregunta a los que han oído". Es decir, escucha a tus espías, ellos han

oído todo lo que yo he dicho y pueden decirte cuáles son mis enseñanzas.

Las palabras de Cristo habían sido tan escrutadoras y directas que los sacerdotes sintieron que el preso estaba leyendo sus pensamientos más íntimos.

Pero uno de los siervos de Anás, pensando que su amo no era tratado con el respeto debido, hirió a Jesús en el rostro, diciendo: "¿Así respondes al Sumo sacerdote?" Juan 18:22.

Jesús le dijo suavemente: "Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; pero si bien, ¿por qué me golpeas?" Juan 18:23.

Cristo podría haber ordenado a legiones de ángeles que vinieran del cielo en su ayuda. Pero era parte de su misión soportar, en su humanidad, todos los ultrajes y las burlas que los hombres pudieran inferirle.

De la casa de Anás, el Salvador fue llevado al palacio de Caifás para ser juzgado por el Sanedrín. Mientras los miembros de este Consejo Supremo eran llamados para reunirse, Anás y Caifás de nuevo lo interrogaron, pero sin éxito.

Finalmente, el Sanedrín se reunió en la sala del tribunal y Caifás ocupó su lugar en la presidencia. A cada lado estaban los jueces; ante ellos se hallaban de pie los soldados romanos custodiando al Salvador; detrás de ellos se acomodó la turba acusadora.

Caifás pidió a Jesús que realizara delante de ellos uno de sus grandes milagros. Pero el Salvador no dio señales de haber escuchado una palabra. Si hubiera contestado, aunque sólo fuera con esa mirada penetrante que les dirigió a los compradores y vendedores del templo, toda la multitud se

hubiera visto obligada a huir de su presencia.

En ese tiempo los judíos eran súbditos de los romanos, y no se les permitía castigar a nadie con la muerte. El Sanedrín podía sólo examinar al prisionero, y pronunciar el juicio, que había de ser ratificado por las autoridades romanas.

Para realizar su malvado propósito, ellos debían encontrar alguna prueba contra el Salvador que fuera considerada como criminal por el gobernador romano. Debían obtener abundantes evidencias de que Cristo había hablado contra las tradiciones de los judíos y muchas de sus ordenanzas. Era fácil probar que él había denunciado a los sacerdotes y escribas, y que los había llamado hipócritas y homicidas. Pero esto no habría sido escuchado por los romanos, porque ellos mismos estaban disgustados por las pretensiones de los fariseos.

Se trajeron muchos cargos contra Cristo, pero, o los testigos estaban en desacuerdo, o la evidencia era de tal naturaleza que no sería aceptada por los romanos. Trataron de hacerlo hablar en respuesta a sus acusaciones, pero él parecía como si no los oyera. El silencio de Cristo en ese momento había sido descrito de esta manera por el profeta Isaías:

"Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como un cordero fue llevado al matadero; como una oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, no abrió su boca". Isaías 53:7.

Los sacerdotes comenzaron a temer que no lograrían reunir evidencias contra Jesús para presentarlas ante Pilato. Sintieron que debían realizarse un último esfuerzo. El sumo sacerdote levantó la mano hacia el cielo y se dirigió a Jesús en la forma de un solemne juramento:

"Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios". Mateo 26:63.

El Salvador nunca negó su misión o su relación con el Padre. El podía permanecer silencioso ante el insulto personal, pero siempre habló sencilla y sinceramente cuando se le pidió razón de su obra o de su condición de Hijo de Dios.

Todos los oídos estaban listos para escuchar, y todos los ojos se fijaron en él cuando contestó: "Tú lo has dicho".

En la costumbre de aquellos días, esto equivalía a responder: "Sí", o "Es como tú has dicho". Esta era la forma más enfática de una respuesta afirmativa. Una luz celestial parecía iluminar el pálido rostro del Salvador cuando agregó:

"Y además os digo que desde ahora habéis de ver al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo". Mateo 26:64.

Con esta declaración, el Salvador se refirió a una escena futura, totalmente opuesta a la que se desarrollaba allí. Señaló el tiempo cuando ocupará la posición de supremo Juez en el cielo y en la tierra. Se sentará entonces en el trono de su Padre y sus decisiones serán inapelables.

Presentó ante sus oyentes una visión de aquel día, cuando en lugar de estar rodeado de una turba sediciosa que lo insulta y agrede, vendrá en las nubes del cielo con gran poder y gloria, escoltado por legiones de ángeles. Entonces pronunciará la sentencia sobre sus enemigos, entre los cuales se hallará esa misma gente acusadora.

"¡Es culpable y debe morir!"

Al pronunciar Jesús las palabras declarándose el Hijo de Dios, y Juez del mundo, el sumo sacerdote rasgó su manto, como para demostrar su horror. Elevó sus manos al cielo y dijo:

"Ha blasfemado: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Ahora mismo habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece?"

Los jueces contestaron: "¡Es reo de muerte!" Mateo 26:65, 66.

Era contrario a la ley judía someter a juicio a un preso durante la noche. Aunque la condenación de Cristo había sido resuelta, debía haber un juicio formal hecho de día.

Jesús fue llevado a la guardia y allí sufrió las burlas y el escarnio de los soldados y la chusma.

Al amanecer fue llevado de nuevo ante sus jueces y se pronunció la sentencia final de condenación.

Una furia satánica tomó entonces posesión de los dirigentes y del pueblo. El ruido de las voces era como el de bestias salvajes. Se agolpaban presionando contra Jesús, mientras gritaban: "¡Es culpable, matadle!", y si no hubiera sido por los soldados, lo habrían hecho pedazos. Pero la autoridad romana se interpuso, y por la fuerza frenó la violencia del populacho.

Los sacerdotes, los gobernantes y la multitud se unieron en los insultos al Salvador. Le arrojaron unas vestiduras viejas sobre la cabeza y sus agresores también lo herían en el rostro diciendo:

"Profetízanos, Cristo, quién es el que te golpeó". Mateo 26:68.

Cuando se quitó el manto, uno de los que se burlaban lo escupió en el rostro.

Los ángeles de Dios registraron fielmente cada mirada, cada palabra y cada acto insultante contra su amado General. Un día aquellos hombres ruines, que escarnecieron y escupieron el rostro pálido y sereno de Cristo, lo contemplarán de nuevo, glorioso y más brillante que el sol.

Capítulo 19

La tragedia de Judas

Los gobernantes judíos habían estado ansiosos de llevar a Jesús ante su poder, pero por temor a provocar las quejas del pueblo no se atrevieron a hacerlo en forma abierta. De manera que buscaron a alguien que lo traicionara secretamente, y encontraron en Judas, uno de los doce discípulos, al hombre dispuesto a cometer esta vil acción.

Aunque por naturaleza Judas tenía mucho amor al dinero, no siempre había sido tan malvado y corrupto como para prestarse a semejante bajeza. Había cultivado tanto el espíritu de avaricia, que éste llegó a ser el motivo dominante de su vida. Por eso ahora podía vender a su Señor por treinta monedas de plata--unos \$1.500 dólares--, que era el precio de un esclavo. Éxodo 21:28-32. Por eso también en el Getsemaní pudo traicionar con un beso al Salvador.

Después siguió cada paso de Jesús mientras lo llevaban del huerto al tribunal de los gobernantes judíos. Pensaba que el Salvador no se dejaría matar por los judíos, como ellos habían amenazado hacerlo.

En todo momento esperaba verlo liberado y protegido por el poder divino como había sucedido en otras ocasiones. Pero al ver que las horas transcurrían, y ve Jesús silenciosamente se sometía a todos los ultrajes, lo invadió el terrible temor de que en realidad el Maestro muriera a causa de su traición.

¡Caifás, perdónalo!

Cuando el juicio concluyó, Judas no pudo resistir la tortura de su conciencia culpable. De pronto sonó en la sala una voz ronca, que hizo estremecer de pánico los corazones de todos los presentes:

"¡Es inocente! ¡Perdónalo, Caifás! ¡No ha hecho nada que merezca la muerte!"

La alta figura de Judas se vio entonces abriéndose paso a través de la turba asustada. Su rostro estaba pálido y desfigurado, y grandes gotas de sudor brotaban de su frente. Corrió ante el estrado de los jueces y arrojó delante del sumo pontífice las monedas de plata que habían sido el precio de la traición a su Señor.

Con desesperación se aferró del manto de Caifás y le rogó que liberase a Jesús, declarando que no había hecho ningún mal. Caifás lo sacudió con enojo, y apartándolo de sí le dijo con desprecio:

"¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!" Mateo 27:4.

Judas se arrojó entonces a los pies del Salvador. Confesó que Jesús era el Hijo de Dios, y le rogó a él que se librase de sus enemigos.

El Salvador sabía que Judas no estaba realmente arrepentido de lo que había hecho. El falso discípulo temía recibir el castigo merecido por su acto terrible, pero no sentía verdadero dolor por haber traicionado al immaculado Hijo de Dios.

Sin embargo, Cristo no le dirigió ninguna sola palabra de condenación. Lo miró con piedad a Judas y le dijo:

"Para esta hora he venido al mundo".

Un murmullo de sorpresa recorrió la asamblea. Todos contemplaron con asombro la clemencia de Cristo hacia su traidor.

Judas vio que sus ruegos eran en vano y salió corriendo de la sala mientras gritaba:

"¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!"

Sintió que no soportaría ver a Jesús crucificado, así que desesperado, salió y se ahorcó.

Más tarde, aquel mismo día, cuando llevaban a Cristo desde la sala de juicio de Pilato hasta el Calvario, la turba malvada lo seguía, gritando y burlándose. Repentinamente se interrumpieron sus gritos y escarnios, cuando vieron, al pie de un árbol seco, el cuerpo muerto de Judas.

Era un espectáculo repugnante. Su peso había roto la cuerda con la cual se colgara del árbol. Al caer, su cuerpo se había mutilado horriblemente, y en ese momento los perros lo estaban devorando.

Sus restos fueron inmediatamente enterrados, pero hubo menos burlas entre la muchedumbre. Por la palidez de sus rostros muchos revelaban que la inquietud comenzaba a embargar sus corazones. Parecía que el castigo ya estaba cayendo sobre aquellos que eran culpables de la sangre de Cristo.

Capítulo 20

Pilato defiende a Jesús

Después que Cristo fuera condenado por los jueces del Sanedrín, lo llevaron de inmediato ante Pilato, el gobernador romano, para que la sentencia fuese confirmada y ejecutada.

Los sacerdotes y gobernantes judíos no podían entrar personalmente en la sala de juicio de Pilato, porque según la ley ceremonial de su nación, se habrían contaminado dejándolos inhabilitados para tomar parte en la fiesta de la Pascua.

En su ceguera no vieron que Cristo era el verdadero Cordero pascual, y que al rechazarlo, esta gran fiesta había perdido para ellos su significado.

Cuando Pilato contempló a Jesús, vio a un hombre de noble aspecto y de rostro digno. Ningún rastro de crimen podía verse en su semblante. Pilato se volvió a los sacerdotes y les preguntó:

"¿Qué acusación traéis contra este hombre?" Juan 18:29.

Sus acusadores no querían hablar de cosas particulares, de manera que no estaban preparados para esta pregunta. Sabían que no tenían ninguna evidencia cierta por la cual el gobernador romano pudiera condenarlo. De manera que llamaron a los falsos testigos en su ayuda. "Y comenzaron a acusarlo, diciendo:

"Hemos encontrado que este pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César diciendo que él mismo es el Cristo, un rey". Lucas 23:2.

Esto era falso, pues Cristo mismo había aprobado el pago del tributo a César. Cuando los escribas habían tratado de entraparlo con respecto a este tema, él había dicho:

"Dad, pues, a César lo que es de César". Mateo 22:21.

Pilato no fue engañado por el testimonio de los falsos testigos. Se volvió al Salvador y le preguntó:

"¿Eres tú el Rey de los judíos?"

Jesús contestó: "Tú lo dices". Mateo 27:11.

Cuando oyeron esta respuesta, Caifás y los que estaban con él pidieron a Pilato que fuera testigo de que Jesús había admitido el crimen del cual ellos lo acusaban. Con gritos ruidosos demandaron que fuera sentenciado a muerte.

Como Cristo se abstuvo de contestar a sus acusadores, Pilato le preguntó: "¿Nada respondes? Mira de cuántas cosas te acusan.

"Pero Jesús ni aun con eso respondió". Marcos 15:4, 5.

Pilato estaba perplejo. No veía ninguna evidencia de crimen en Jesús, y no tenía ninguna confianza en los que lo acusaban. La noble apariencia y la serenidad del Salvador se hallaban en directo contraste con la agitación y la furia de sus acusadores. Esto produjo tal impresión en Pilato, que quedó plenamente convencido de su inocencia.

Con la esperanza de obtener de él la verdad, llevó a Jesús a un lado y le

preguntó: "¿Eres tú el Rey de los judíos?" Juan 18:33.

Cristo en vez de darle una respuesta directa, le preguntó: "¿Dices tú esto por ti mismo o te lo han dicho otros de mí?" Juan 18:34.

El Espíritu Santo estaba luchando con Pilato. La pregunta de Jesús tenía el propósito de inducirlo a examinar atentamente lo más íntimo de su ser. Al entender el significado de la pregunta, Pilato abrió su corazón a tal punto que fue conmovido por la convicción. Pero su orgullo se interpuso y respondió:

"¿Soy yo acaso judío? Tu nación y los principales sacerdotes te han entregado a mí: ¿Qué has hecho?" Juan 18:35.

Pilato desaprovechó su preciosa oportunidad. Jesús quería que el gobernante entendiera que no había venido para ser un rey terrenal, y por lo tanto le confirmó:

"Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí". Juan 18:36.

Pilato entonces preguntó: "Luego, ¿eres tú rey?" Juan 18:37.

Jesús contestó: "Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz". Juan 18:37.

Pilato deseaba conocer la verdad. Su mente estaba confundida. Ávidamente escuchó las palabras del Salvador, y su corazón fue conmovido por un gran anhelo de saber qué era realmente la verdad, y cómo podía

obtenerla. Así que le preguntó a Jesús:

"¿Qué es la verdad?" Juan 18:38.

"No encuentro delito"

Pero no esperó para recibir una respuesta. El tumulto de la turba que llegaba desde afuera de la corte de justicia había aumentado hasta convertirse en una gritería. Siendo que los sacerdotes exigían una decisión inmediata, le recordaron a Pilato los intereses del momento. Entonces salió afuera y, dirigiéndose al pueblo, declaró: "Yo no hallo en él ningún delito". Juan 18:38.

Estas palabras, pronunciadas por un juez pagano, eran un severísimo reproche a la perfidia y la falsedad de los gobernantes de Israel que acusaban al Salvador.

Al oír los sacerdotes y los príncipes las palabras de Pilato, su enojo e ira no tuvieron límites. Durante mucho tiempo habían complotado, esperando que se produjera esta oportunidad. Ante la perspectiva de la liberación de Cristo, parecían dispuestos a hacerlo pedazos.

Abandonaron toda razón y, al perder el discernimiento y el dominio propio, prorrumpieron en maldiciones, comportándose más como demonios que como seres humanos. Se enfurecieron contra Pilato y a gritos amenazaron con la censura del gobierno romano. Lo acusaron de eludir la decisión de condenar a Jesús, quien, según afirmaban, se había declarado contra el César. Entonces se pusieron a gritar:

"Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí". Lucas 23:5.

En aquel momento Pilato no pensaba condenar a Jesús. Estaba seguro de su inocencia. Pero cuando oyó que Cristo era de Galilea, decidió enviarlo a Herodes, el gobernador de esa provincia, que estaba entonces en Jerusalén. De esta manera Pilato pensó trasladar la responsabilidad del juicio, transfiriéndola a Herodes.

Jesús estaba desfalleciente de hambre y cansado por falta de sueño. Sufría también por el trato cruel que había recibido. No obstante, Pilato lo entregó de nuevo a los soldados, y Jesús fue arrastrado en medio de las burlas e insultos de la multitud enfurecida.

Capítulo 21

Ante Herodes

Herodes nunca se había encontrado con Jesús, pero hacía mucho tiempo que deseaba verlo con el fin de presenciar su poder maravilloso. Cuando el Salvador fue traído ante su presencia, la turba se apiñó alrededor de él, unos clamando una cosa y otros gritando otra. Herodes ordenó silencio, porque deseaba interrogar al preso.

Miró con curiosidad y lástima el pálido rostro de Cristo. Vio allí las evidencias de una sabiduría profunda y de una pureza inmaculada. Al igual que Pilato, se convenció de que sólo la malicia y la envidia habían inducido a los judíos a acusar al Salvador.

Herodes insistió en que Cristo realizara delante de él uno de sus milagros maravillosos. Le prometió liberarlo si así lo hacía. Hizo traer personas tullidas y deformes y ordenó a Jesús que las sanara. Pero el Salvador no contestó; estaba ante Herodes como quien no oye ni ve.

El Hijo de Dios había tomado sobre sí la naturaleza humana. Debía actuar como cualquier hombre actuaría en circunstancias similares. Por lo tanto, no podía obrar un milagro para satisfacer la curiosidad, o para salvarse del dolor y la humillación.

Sus acusadores se aterrorizaron cuando Herodes ordenó a Cristo que hiciera un milagro. De todas las cosas, lo que más temían era una manifestación de su poder divino. Eso hubiera significado el fracaso de sus planes y tal vez les habría costado la vida. De manera que empezaron a gritar que Jesús obraba milagros por el poder de Beelzebú, príncipe de los

demonios.

Varios años antes de esto, Herodes había escuchado las enseñanzas de Juan el Bautista. Aunque había sido profundamente impresionado por ellas, no había abandonado su vida de intemperancia y pecado. Su corazón se fue endureciendo más, a tal punto que en cierto día, bajo los efectos de la bebida, mandó decapitar al profeta para complacer a la perversa Herodías.

Su corazón ahora se había endurecido más todavía. No podía soportar el silencio de Jesús. Su rostro se desdibujó a causa del enojo y con toda furia amenazó al Salvador, que aún permanecía silencioso e inmóvil.

Cristo había venido al mundo para sanar a los quebrantados de corazón. Si en ese momento, pronunciando alguna palabra, hubiese podido sanar las heridas de las personas enfermas de pecado, no habría guardado silencio. Pero no tenía palabras para aquellos que querían solamente pisotear la verdad bajo sus pies profanos.

El Salvador podía hablarle a Herodes palabras que atravesaran los oídos del rey endurecido. Podía herirlo de temor y temblor, colocando ante él toda la iniquidad de su vida, y el horror de su inminente condenación. Pero el silencio de Cristo fue el más severo reproche que podría haberle hecho.

Aquellos oídos que habían estado siempre abiertos para escuchar el clamor del dolor humano, no tenían lugar para la orden de Herodes. Aquel corazón siempre conmovido por la súplica, aun del peor de los pecadores, estaba cerrado al rey arrogante que no sentía necesidad de un Salvador.

Lleno de ira, Herodes se volvió a la multitud y denunció a Jesús como un impostor. Pero los acusadores del Salvador sabían muy bien que no era un impostor. Habían presenciado tantas veces sus maravillosas obras, que ahora

les resultaba imposible creer semejante acusación.

Entonces el rey comenzó a insultar y ridiculizar al Hijo de Dios. "Entonces Herodes con sus soldados lo menospreció, y se burló de él, vistiéndolo con una ropa espléndida". Lucas 23:11.

Cuando el rey malvado vio que Jesús aceptaba en silencio toda esa injusticia, lo conmovió un repentino temor de que el que estaba delante él no fuera un hombre común. Se sintió perplejo al pensar que este preso pudiera ser un personaje celestial que había bajado a la tierra.

Herodes no se atrevió ratificar la condenación de Jesús. Quería liberarse de la terrible responsabilidad y lo envió de vuelta a Pilato.

Capítulo 22

Condenado por Pilato

Pilato se disgustó mucho cuando los judíos volvieron de la presencia de Herodes trayendo al Salvador, y con impaciencia les preguntó qué pretendían que hiciera. Les recordó que ya había examinado a Jesús, y que no había encontrado falta en él. Les dijo también que no habían podido probar ninguna de las acusaciones presentadas.

Como se dijo en el capítulo anterior, lo habían llevado a Herodes, que era judío como ellos, quien tampoco había encontrado en él nada como para merecer la muerte. Pero, para pacificar a los acusadores, Pilato dijo:

"Lo soltaré después de castigarlo". Lucas 23:16.

Con esta decisión Pilato mostró la debilidad de su carácter. Si había reconocido que Cristo era inocente, ¿por qué, entonces, debía castigarlo? Era una transigencia con la turba. Los judíos no olvidaron este gesto a través de todo el juicio. Habían intimidado al gobernador romano, y aprovechando la ventaja, siguieron presionando hasta que lograron la condenación de Jesús.

La multitud clamó con mayor fuerza que mataran al preso.

Mientras Pilato dudaba sobre lo que debía hacer, le trajeron una nota de su esposa que decía:

"No tengas que ver con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por causa de él". Mateo 27:19.

Pilato se puso pálido ante este mensaje; pero, al ver su indecisión, la turba se hizo más exigente.

Jesús o Barrabás

Pilato decidió que algo debía hacer. Era costumbre en ocasión de la fiesta de la Pascua liberar a un preso que el pueblo eligiera. Los soldados romanos habían capturado recientemente a un famoso ladrón, llamado Barrabás. Era un forajido envilecido y asesino. De manera que Pilato se volvió a la turba y dijo con gran fervor:

"¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo?" Mateo 27:17.

Ellos contestaron: "¡Fuera con ese; suéltanos a Barrabás!" Lucas 23:18.

Pilato enmudeció a causa de la sorpresa y el desengaño. Al dejar que la multitud decidiera había perdido la autoridad sobre el pueblo y su dignidad. Después de esto, era sólo un instrumento de la chusma que lo dominaba como quería. Entonces preguntó:

"¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?"

Al unísono gritaron: "¡Sea crucificado!"

"Y el gobernador les dijo: Pues ¿qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aún más, diciendo: ¡Sea crucificado!" Mateo 27:22, 23.

El rostro de Pilato nuevamente empalideció al oír el terrible grito: "¡Sea crucificado!" No había pensado llegar a esto. Había declarado repetidamente que Jesús era inocente, y sin embargo el pueblo estaba

determinado a que sufriera la más terrible de las muertes. Otra vez les formuló la pregunta:

"Pues, ¿qué mal ha hecho?"

Y otra vez se elevó el terrible clamor: "¡Sea crucificado! ¡Sea crucificado!"

La corona de espinas

Pilato realizó un último intento para despertar la simpatía del pueblo. Hizo que tomaran a Jesús, que estaba desfalleciente y cubierto de heridas, y lo azotaron a la vista de sus acusadores.

"Y los soldados entretejieron una corona de espinas y la pusieron sobre su cabeza, y lo vistieron con un manto de púrpura, y decían: ¡Salve, Rey de los judíos! Y le daban bofetadas". Juan 19:2, 3.

Le escupieron el rostro, y una mano perversa le arrebató la caña que había sido colocada en su mano y con ella golpeó la corona que estaba sobre su frente, haciendo penetrar las espinas en sus sienes, de manera que la sangre le corrió por el rostro y la barba.

Satanás indujo a la soldadesca cruel a ultrajar al Salvador. Era su propósito provocarlo a tomar venganza, si era posible, o inducirlo a realizar un milagro para liberarse, y así frustrar el plan de salvación. Una mancha en su vida, un fracaso de su humanidad para soportar la terrible prueba, y el Cordero de Dios hubiera sido una ofrenda imperfecta, y la redención del hombre un fracaso.

Pero aquel que comandaba la hueste angelical, y que al instante podía

haber hecho venir en su ayuda a legiones de santos ángeles, uno solo de los cuales hubiera vencido de inmediato a aquella turba cruel; aquel que podía haber herido a sus atormentadores con la refulgencia de su divina majestad, se sometió con dignidad a los más duros ultrajes e insultos.

La crueldad degradaba a sus torturadores a un plano más bajo que el nivel humano, haciéndolos semejantes a Satanás, de la misma manera que la humildad y mansedumbre de Jesús lo exaltaban por encima de la humanidad, certificando de este modo la relación que Cristo tenía con Dios.

"¡Crucifícalo! ¡crucifícalo!"

Profundamente conmovido por la paciencia silenciosa del Salvador, Pilato pidió que Barrabás fuera traído a la sala de juicio; entonces presentó a los dos presos juntos. Señalando al Salvador, dijo con voz de solemne súplica: "¡Este es el hombre!" "Mirad, os lo traigo fuera para que entendáis que ningún delito hallo en él". Juan 19:5, 4.

Allí estaba el Hijo de Dios, vestido con el manto del escarnio y ceñido con la corona de espinas. Desnudo hasta la cintura, sus espaldas mostraban grandes y largas heridas de las cuales fluía la sangre copiosamente. Su rostro estaba ensangrentado, y tenía las señales del agotamiento y el dolor; pero nunca había parecido más hermoso. Cada rasgo expresaba bondad y resignación, y la más tierna piedad por sus crueles verdugos.

¡Qué notable contraste entre él y el prisionero que se hallaba a su lado! Cada detalle del semblante de Barrabás mostraba que era el endurecido rufián que todos conocían.

Entre los espectadores había algunos que simpatizaban con Jesús. Aun los sacerdotes y los príncipes de los judíos estaban convencidos de que era lo

que decía ser. Pero no querían rendirse. Habían inducido a la turba a una furia loca, y de nuevo los sacerdotes, los príncipes y el pueblo elevaron el terrible grito:

"¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!"

Por fin, perdiendo toda paciencia ante su crueldad irrazonable y vengadora, Pilato les dijo:

"Tomadlo vosotros y crucificadlo, porque yo no hallo delito en él".
Juan 19:6.

Pilato se lava las manos

Pilato trató seriamente de liberar al Salvador, pero los judíos clamaron:

"Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone". Juan 19:12.

Esto significaba tocar a Pilato en un punto débil. Sabía que el gobierno romano sospechaba de su lealtad y un informe de esta naturaleza sería su ruina.

"Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo:

"Inocente soy yo de la sangre de este justo. Allá vosotros". Mateo 27:24.

En vano Pilato trató de liberarse de la culpa de condenar a Jesús. Si hubiera actuado con prontitud y firmeza desde el principio, sosteniendo lo

que era justo, su voluntad no hubiera sido subyugada por la turba y no hubieran tenido la presunción de imponer ellos su deseo.

Su vacilación e indecisión provocaron su ruina. Vio que no podía librar a Jesús y a la vez retener su propio honor y posición.

Antes que perder su poder terrenal, eligió sacrificar una vida inocente. Sometiéndose a las demandas de la chusma, de nuevo hizo azotar a Jesús y lo entregó para ser crucificado.

Pero a pesar de sus precauciones, lo que temía ocurrió más tarde. Sus honores le fueron quitados, fue despojado de su alta posición y, atormentado por el remordimiento y el orgullo herido, no mucho después de la crucifixión puso fin a su propia vida.

Así, todos los que transigen con el pecado cosechan sólo dolor y ruina. "Hay camino que al hombre parece derecho; pero es camino que lleva a la muerte". Proverbios 14:12.

Cuando Pilato se declaró inocente de la sangre de Cristo, Caifás contestó desafiante: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos". Mateo 27:25.

Estas terribles palabras fueron repetidas por los sacerdotes y también por el pueblo.

Era una tremenda sentencia que pronunciaron sobre sí mismos y una herencia horrorosa que pasaría a su posteridad.

Estas palabras se cumplieron literalmente en las espantosas escenas de la destrucción de Jerusalén, unos cuarenta años más tarde.

También el desprecio y la opresión de sus descendientes se cumplieron desde aquel día en la dispersión.

Y volverá a cumplirse cuando se realice el ajuste final de cuentas. ¡Qué distinta será entonces la escena! "Este mismo Jesús" vendrá, "en llama de fuego, para dar el pago a los que no conocieron a Dios". Hechos 1:2; 2 Tesalonicenses 1:8.

Entonces rogarán a las rocas y a los montes:

"Caed sobre nosotros, y escondednos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero, porque el gran día de su ira es venido". Apocalipsis 6:16, 17.

Capítulo 23

La gloria del Calvario

Jesús fue conducido apresuradamente al Calvario entre los gritos y las burlas de la turba. Al pasar por el portal del atrio de Pilato, la pesada cruz que había sido preparada para Barrabás fue colocada sobre sus hombros heridos y sangrantes. Se pusieron también cruces sobre dos ladrones que iban a sufrir la muerte al mismo tiempo que Jesús.

El peso era demasiado grande para el Salvador; estaba débil y dolorido. Después de avanzar unos pocos metros cayó exhausto bajo la cruz.

Cuando se repuso, otra vez le colocaron la cruz sobre sus hombros. Vaciló unos pasos y de nuevo exánime cayó a tierra. Sus perseguidores comprendieron que era imposible para él avanzar más con ese peso, y vieron la necesidad de encontrar a alguien que llevara la humillante carga.

En ese preciso momento se cruzaron con un extranjero, Simón de Cirene, que venía del campo. Le cargaron la cruz y lo obligaron a llevarla al Calvario.

Los hijos de Simón eran discípulos de Jesús, pero él no había aceptado al Salvador. Después de esto, Simón estuvo siempre agradecido por el privilegio de llevar la cruz del Redentor. La carga que le obligaron a llevar llegó a ser el medio de su conversión. Los acontecimientos del Calvario y las palabras pronunciadas por Jesús, indujeron a Simón a aceptarlo como el Hijo de Dios.

Al llegar al lugar de la crucifixión, los condenados fueron atados a los

instrumentos de tortura. Los dos ladrones forcejearon en las manos de aquellos que los ataban a la cruz; pero el Salvador no opuso ninguna resistencia.

La madre de Jesús lo había seguido en ese terrible camino al Calvario. Al caer exhausto bajo la pesada carga, anheló auxiliarlo, pero no se le permitió ese privilegio.

A cada paso de aquel fatigoso camino, María había esperado que Jesús manifestara el poder que Dios le había concedido y se liberara de la turba asesina. Ahora que había llegado la escena final, y veía a los ladrones atados a la cruz, ¿qué agonía de duda y temor debió soportar!

¿Permitiría que mataran a aquel que había dado la vida a los muertos?
¿El propio Hijo de Dios soportaría que lo crucificaran tan cruelmente?
¿Debía ella abandonar su fe en que él era el Mesías?

Vio sus extremidades atadas a la cruz, aquellas manos que siempre se habían extendido para bendecir a los que sufrían. Trajeron el martillo y los clavos, y mientras sus palmas eran perforadas, los discípulos, con el corazón quebrantado, retiraron de la escena cruel a la desfalleciente madre de Jesús.

El Salvador no murmuró ni se quejó; su rostro permanecía pálido y sereno, pero grandes gotas de sudor mojaban su frente. Sus discípulos habían huido de la terrible escena. Así se cumplió lo que dijo el profeta: "He pisado yo solo el lagar; de los pueblos nadie había conmigo". Isaías 63:3.

"¡Padre, perdónalos!"

Mientras los soldados realizaban su fatídica obra, la mente de Jesús pasó de sus propios sufrimientos a la terrible retribución que algún día

recibirían sus perseguidores. Se compadeció de la ignorancia de ellos y oró:

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Lucas 23:32.

Cristo estaba comprando el derecho de ser ante el Padre abogado de los hombres. Aquella oración por sus enemigos abarcaba a todo el mundo. Incluye a cada pecador que ha vivido, vive o vivirá, desde el comienzo hasta el fin del tiempo.

Cada vez que pecamos, Cristo es herido de nuevo. Por nosotros eleva sus manos horadadas ante el trono del Padre, y dice: "Perdónalos, porque no saben lo que hacen".

La crucifixión

Tan pronto como Cristo fue clavado en la cruz, varios hombres fuertes la levantaron y la dejaron caer con violencia en el lugar preparado para ello. Esto causó intenso sufrimiento al Hijo de Dios.

Luego Pilato escribió una inscripción en latín, griego y hebreo, y la hizo colocar en la cruz, por encima de la cabeza de Cristo, donde todos pudieran verla. Decía lo siguiente:

"Jesús Nazareno, Rey de los judíos". Juan 19:19.

Estas palabras molestaron a los judíos, quienes pidieron que fueran cambiadas. El príncipe de los sacerdotes dijo:

"No escribas: 'Rey de los judíos', sino: 'Este dijo: Soy rey de los judíos'". Juan 19:21.

Pero Pilato estaba enojado consigo mismo a causa de su anterior debilidad. También despreciaba con todas sus fuerzas a los celosos y malvados príncipes, de manera que contestó:

"Lo que he escrito, he escrito". Juan 19:22.

Los soldados se repartieron entre sí las vestiduras de Jesús. Discutieron entre ellos porque todos querían la túnica que era de una sola pieza, sin costura. Finalmente el asunto se arregló por sorteo. El profeta de Dios había predicho que harían esto cuando escribió:

"Perros me han rodeado, me ha cercado una banda de malignos; desgarraron mis manos y mis pies.

"...Partieron entre sí mis vestidos y sobre mi ropa echaron suertes". Salmos 22:16, 18.

Tan pronto como Jesús fue elevado en la cruz, ocurrió una escena terrible. Los sacerdotes, los príncipes y los escribas se unieron con la turba para insultar y burlarse del Hijo de Dios que moría. Le dijeron:

"Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo". Lucas 23:37.

"A otros salvó, pero a sí mismo no puede salvar. Si es el Rey de Israel, que descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; líbrelo ahora si le quiere, porque ha dicho: Soy Hijo de Dios". Mateo 27:42, 43.

"Los que pasaban lo insultaban, meneando la cabezas y diciendo: ¡Bah!, tú que derribas el templo de Dios y en tres días lo reedificarías, sálvate a ti mismo y desciende de la cruz". Marcos 15:29, 30.

Cristo hubiera podido descender de la cruz. Pero si él hubiera hecho eso, nunca podríamos haber sido salvados. Por nuestra causa estaba dispuesto a morir.

"Mas él herido fue por nuestra rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados". Isaías 53:5.

Capítulo 24

La muerte de Cristo

Al deponer su preciosa vida, Cristo no tuvo el consuelo de sentirse fortalecido por un gozo triunfal. Su corazón estaba quebrantado por la angustia y oprimido por la tristeza. Pero no fue el dolor o el temor de la muerte lo que causó su sufrimiento. Fue el peso torturante del pecado del mundo y el sentimiento de hallarse separado del amor de su Padre. Eso quebrantó su corazón y aceleró la muerte.

Cristo sintió la angustia que los pecadores sentirán cuando despierten para darse cuenta de la carga de su culpa, para comprender que se han separado para siempre del gozo y de la paz del cielo.

Los ángeles contemplaron con asombro la agonía de la. desesperación soportada por el Hijo de Dios. Su angustia mental fue tan intensa, que apenas sintió el dolor de la cruz.

La muerte de Jesús

La naturaleza misma se conmovió por la escena. El sol, que había brillado claramente hasta el mediodía, de repente pareció borrarse del cielo. Todo lo que rodeaba la cruz fue envuelto en tinieblas tan profundas como la más negra medianoche. Esta oscuridad sobrenatural duró tres horas completas.

Un terror hasta entonces desconocido se apoderó de la multitud. Los que maldecían y denigraban dejaron de hacerlo. Hombres, mujeres y niños cayeron sobre la tierra presa del terror.

Fuertes relámpagos fulguraban de tanto en tanto, rasgando la nube e iluminando la cruz y al Redentor crucificado. Todos creyeron que había llegado el tiempo de su retribución.

A la hora nona las tinieblas se fueron disipando sobre la gente, pero todavía envolvían con su manto al Salvador. Los relámpagos parecían dirigidos hacia él mientras pendía de la cruz. Fue entonces cuando pronunció el desesperado clamor:

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

Mientras tanto las tinieblas se habían asentado sobre Jerusalén y las llanuras de Judea. Cuando todas las miradas se volvieron hacia la ciudad condenada, vieron los fieros relámpagos de la ira de Dios dirigidos hacia ella.

Repentinamente las tinieblas se disiparon de la cruz, y Jesús exclamó en tono claro y con voz como de trompeta, que parecía resonar por toda la creación:

"¡Consumado es!" Juan 19:30. "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Lucas 23:46.

Una luz envolvió a la cruz, y el rostro del Salvador brilló con una gloria semejante a la del sol. Inclino entonces la cabeza sobre su pecho y murió.

La multitud que rodeaba la cruz quedó paralizada y, conteniendo la respiración, contempló al Salvador. De nuevo las tinieblas descendieron sobre la tierra. En los aires se oyó el retumbar de un trueno intenso, acompañado de un violento terremoto.

La gente fue sacudida y a montones arrojada en tierra. Siguió una terrible escena de confusión y terror. En las montañas cercanas, las rocas fueron partidas y se desmoronaron con estrépito hacia los valles. Las tumbas se rompieron y se abrieron, y muchos de los muertos fueron arrojados desde adentro. La creación parecía desintegrarse en átomos. Los sacerdotes, los príncipes, los soldados y el pueblo, mudos de terror, yacían postrados en el suelo.

En el momento de la muerte de Cristo, algunos de los sacerdotes se hallaban oficiando en el templo de Jerusalén. Sintieron el remezón del terremoto, y en el mismo instante el velo del templo que separaba el lugar santo del santísimo fue rasgado en dos, desde arriba hacia abajo, por la misma mano misteriosa que había escrito las palabras de condenación sobre los muros del palacio de Belsasar. El lugar santísimo del santuario terrenal dejó de ser sagrado. Nunca más se revelaría la presencia de Dios sobre el propiciatorio. Nunca más se manifestaría la aceptación o el desagrado de Dios por medio de una luz o una sombra en las piedras preciosas del pectoral del sumo pontífice.

El cordero de Dios

Desde aquel momento, la sangre de las ofrendas en el templo ya no tenía valor. El Cordero de Dios, al morir, se había convertido en el verdadero sacrificio por los pecados del mundo.

Cuando Cristo murió en la cruz del Calvario, abrió un camino nuevo y vivo, tanto para los judíos como para los gentiles.

Los ángeles se regocijaron cuando el Salvador exclamó: "¡Consumado es!" Comprendieron que el grandioso plan de redención era una realidad.

Mediante una vida de obediencia, los hijos de Adán podían ser exaltados, finalmente, a la presencia de Dios.

Satanás estaba derrotado, y sabía que había perdido su dominio.

Capítulo 25

En la tumba de José

Traición contra el gobierno romano: ese fue el crimen por el cual condenaron al Salvador. Las personas ejecutadas por esta causa eran sepultadas en un lugar destinado a tales criminales.

Juan se estremecía al pensar en que el cuerpo de su amado Maestro sería llevado por los soldados insensibles, y enterrado en una tumba de deshonra. Pero no veía forma de impedirlo, pues no tenía influencia ante Pilato.

En este momento difícil, Nicodemo y José de Arimatea acudieron en ayuda de los discípulos. Ambos eran miembros del Sanedrín y conocían a Pilato. Eran hombres de riqueza e influencia. Estaban resueltos a que el cuerpo del Salvador recibiese una sepultura honrosa.

Con valentía José fue a ver a Pilato con el fin de pedirle el cuerpo de Jesús. El gobernador romano llamó al centurión y después de cerciorarse de que Cristo realmente había muerto, concedió su pedido.

Mientras José se dirigía a Pilato, para pedir el cuerpo del Salvador, Nicodemo hacía los preparativos para la sepultura. Era costumbre en aquellos tiempos envolver los cuerpos de los muertos en ropas de lino, con ungüentos costosos y ricas especias. Este era el procedimiento que existía para embalsamar a los muertos. De modo que Nicodemo trajo un precioso regalo de mirra y áloe, de unos cincuenta kilos de peso, para realizar el proceso acostumbrado con el cuerpo de Jesús.

Los hombres más distinguidos en toda Jerusalén no podrían haber recibido mayor respeto en su muerte. Los humildes seguidores de Jesús se sorprendieron al ver el interés de estos ricos príncipes en sepultar a su Maestro.

Al perder la esperanza, los discípulos estaban agobiados de dolor por la muerte de Cristo. Olvidaron que él les había dicho que esto debía ocurrir y estaban sin esperanza. Ni José ni Nicodemo habían aceptado abiertamente al Salvador mientras vivía. Pero, al interesarles sus enseñanzas, habían vigilado estrechamente cada paso de su ministerio. Aunque los discípulos habían olvidado las palabras del Salvador que predecían su muerte, José y Nicodemo las recordaban bien. Por esto es que las escenas relacionadas con la muerte de Jesús descorazonaron tanto a los discípulos al punto de vacilar en su fe. Pero en el caso de estos príncipes, esas mismas escenas sirvieron para probar que realmente era el Mesías. Esto los condujo a tomar la firme determinación de seguirlo.

La ayuda de estos hombres ricos y respetados era muy valiosa y necesaria en esas circunstancias. Ellos podían hacer por su Maestro muerto lo que era imposible para los pobres discípulos.

Con cuidado y reverencia, con sus propias manos bajaron el cuerpo de Cristo de la cruz; lágrimas de simpatía se deslizaban por sus mejillas mientras observaban el cuerpo magullado y herido.

José poseía una tumba nueva, labrada en una roca. La había construido para su propio uso, pero ahora la preparó para Jesús. Envolvieron el cuerpo en una sábana de lino, junto con las especias que había traído Nicodemo, y lo colocaron en la tumba.

Creían y temblaban

Aunque los príncipes judíos habían tenido éxito en llevar a Cristo a la muerte, no se sentían tranquilos. Conocían perfectamente su extraordinario poder.

Algunos de ellos habían estado junto a la tumba de Lázaro y lo habían visto resucitar. Ahora temblaban temiendo que Cristo mismo resucitase de los muertos y de nuevo apareciera ante ellos.

Habían oído a Jesús decir a la multitud que tenía poder para deponer su vida y para volverla a tomar.

Recordaban que había dicho: "Destruid este templo y en tres días lo levantaré" (Juan 2:19), y sabían que estaba hablando de su propio cuerpo.

Judas les había contado que Cristo en su último viaje a Jerusalén había dicho a sus discípulos:

"Ahora subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas. Lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día resucitará". Mateo 20:18, 19.

Ahora recordaban muchas cosas que él había expresado prediciendo su resurrección. Por más que quisieran no podían olvidarlas. Como su padre el diablo, creían y temblaban.

Todo les indicaba que Jesús era efectivamente el Hijo de Dios. No podían dormir, porque estaban más preocupados por él ahora en su muerte, que antes cuando vivía.

Dispuestos a hacer todo lo posible para mantenerlo en la tumba, pidieron a Pilato que sellara el sepulcro y lo hiciera custodiar hasta el tercer día. Pilato colocó una compañía de soldados a disposición de los sacerdotes, y les dijo:

"Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis. Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia".
Mateo 27:65, 66.

Capítulo 26

¡Ha resucitado!

Se tomaron las mayores precauciones para asegurar la tumba del Salvador. Cerraron la entrada con una gran piedra, y sobre ella colocaron el sello romano, de tal manera que la piedra no pudiera ser quitada sin romper el sello.

Alrededor de la tumba vigilaba una guardia de soldados romanos. Tenían órdenes estrictas de mantenerse en vela, para que el cuerpo de Jesús no fuera tocado. Algunos de ellos andaban constantemente de aquí para allá, mientras otros descansaban sobre el suelo en las inmediaciones.

Pero había otra guardia invisible que también custodiaba la tumba. Los poderosos ángeles del cielo estaban allí. Utilizando su poder, cualquiera de ellos podía haber herido a todo el ejército romano.

Tu padre te llama

La noche entre el sábado y el domingo, que es el primer día de la semana, había transcurrido lentamente. Al llegar la hora más oscura--la que precede al amanecer--, de pronto, uno de los ángeles más poderosos es enviado del cielo. Su semblante es como la luz y sus ropas blancas como la nieve. Disipa las tinieblas a su paso y el cielo entero se ilumina con su gloria.

Los soldados dormidos despiertan, y se ponen de pie. Despavoridos y maravillados observan fijamente los cielos abiertos, y la figura resplandeciente que se aproxima a ellos.

La tierra tiembla y se sacude a medida que se acerca ese ser poderoso procedente de otro mundo. Viene con una misión gozosa; y la velocidad y el poder de su vuelo hacen que el mundo tiemble como si fuera sacudido por un gran terremoto. Soldados, funcionarios y centinelas caen como muertos a tierra.

Había también otra guardia junto a la tumba del Salvador: los ángeles del diablo estaban allí. El Hijo de Dios había muerto y su cuerpo era reclamado por Satanás, quien pretendía tener el poder de la muerte.

Los ángeles de Satanás estaban allí para tratar de que ningún poder arrebatase a Jesús de sus manos. Pero cuando el majestuoso ser celestial, enviado del trono de Dios, se aproximó, con terror huyeron del escenario.

El ángel tomó la gran piedra, que estaba a la entrada de la tumba, y la hizo rodar fuera como si se tratara de un guijarro. Luego, con una voz que hizo temblar la tierra, exclamó:

"¡Jesús, Hijo de Dios, ven fuera! ¡Tu Padre te llama!"

Entonces aquel que había ganado el poder sobre la muerte y sobre la tumba salió del sepulcro. Sobre la tumba destruida proclamó: "Yo soy la resurrección y la vida". La hueste de ángeles se postró en adoración delante del Redentor, y le dio la bienvenida con cánticos de alabanza.

Jesús salió con paso de conquistador. A su presencia la tierra se conmovió, fulguró el relámpago y retumbó el trueno.

Un terremoto señaló la hora en que Cristo depuso su vida. Un terremoto también indicó el momento cuando, triunfante, la volvió a tomar.

Satanás se enojó terriblemente cuando vio que sus ángeles huyeron de los mensajeros celestiales. Tenía la atrevida esperanza de que Cristo no volviera a la vida y de que el plan de redención fracasara. Pero la perdió cuando vio al Salvador salir triunfalmente de la tumba. Entonces Satanás comprendió que su reino terminaría y que finalmente sería destruido.

Capítulo 27

"No temáis"

Lucas, en su relato del sepelio del Salvador, habla de las mujeres que estuvieron con él en la crucifixión, y dice: "Al regresar, prepararon especias aromáticas y ungüentos; y descansaron el sábado, conforme al mandamiento". Lucas 23:56.

El Salvador fue sepultado el viernes, sexto día de la semana. Las mujeres prepararon especias y ungüentos con los cuales embalsamar a su Señor y los guardaron hasta que pasara el sábado. Ni siquiera el trabajo de embalsamar a Jesús quisieron hacerlo en el día de reposo.

"Cuando pasó el sábado... muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, recién salido el sol". Marcos 16:1, 2.

Al acercarse al jardín, se sorprendieron al ver el cielo hermosamente iluminado, y al sentir que la tierra temblaba bajo sus pies. Se apresuraron para llegar a la tumba y quedaron más asombradas todavía al encontrar que la piedra había sido removida y que la guardia romana no estaba allí.

María Magdalena fue la primera en llegar al lugar. Cuando vio que la piedra había sido quitada, se apresuró a contarlo a los discípulos. Mientras tanto llegaron las otras mujeres y notaron que una luz brillante salía de la tumba. Miraron adentro y vieron que estaba vacía.

Mientras se demoraban en el lugar, repentinamente observaron a un joven con ropas resplandecientes sentado junto al sepulcro. Era el ángel que había hecho rodar la piedra. Asustadas se volvieron para huir, pero el ángel

les dijo:

"No temáis vosotras, porque yo sé que buscáis a Jesús, que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor.

"E id presto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos y va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis". Mateo 28:5-7.

Cuando las mujeres miraron de nuevo dentro del sepulcro, vieron otro ángel resplandeciente que les preguntaba:

"¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló, cuando aún estaba en Galilea, diciendo: 'Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día'". Lucas 24:5-7.

Los ángeles entonces les explicaron la muerte y resurrección de Cristo. Les recordaron las palabras con que Cristo había anunciado su crucifixión y resurrección. Todo estaba claro para ellas ahora, y con nueva esperanza y valor se apresuraron a regresar para contar las buenas nuevas.

"¿Por qué lloras?"

María Magdalena, que había estado ausente durante esta escena, regresó ahora con Pedro y Juan. Más tarde, cuando ellos volvieron a Jerusalén, María quedó sola en la tumba. No podía conformarse con abandonar el lugar sin saber qué había sucedido con el cuerpo de su Señor. Mientras estaba llorando, oyó una voz que le preguntó:

"Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?"

Sus ojos estaban cegados por las lágrimas y no notó quién era el que le hablaba. Pensó que era el hortelano, y le dijo en forma suplicante:

"Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré".

Ella pensó que si la tumba de este hombre rico era considerada como un lugar demasiado honorable para su Señor, ella misma conseguiría otro lugar para él. Pero ahora oyó la propia voz de Cristo que le decía:

"¡María!"

Rápidamente enjugó sus lágrimas y contempló al Salvador. En su alegría olvidó que había sido crucificado y extendió sus manos hacia él diciendo:

"¡Raboni!" (Maestro).

"Jesús entonces dijo: '¡Suéltame, porque aún no he subido a mi Padre; pero ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios, y a vuestro Dios"'. Juan 20:15-17.

Jesús rehusó recibir el homenaje de su pueblo hasta saber si su sacrificio había sido aceptado por el Padre. Ascendió a los atrios del cielo, y de Dios mismo escuchó la seguridad de que su expiación por los pecados de los hombres había sido amplia, y de que por medio de su sangre todos podrían tener vida eterna.

Todo el poder del cielo y de la tierra le fue dado al Príncipe de la vida y regresó a sus seguidores en un mundo de pecado, para poder impartirles su

poder y su gloria.

Capítulo 28

"Paz a vosotros"

Al Atardecer de aquel mismo día, dos de los discípulos se dirigían a un pueblo llamado Emaús, que distaba unos doce kilómetros de Jerusalén.

Estaban perplejos por los acontecimientos recientes. Especialmente los confundía el informe de las mujeres que habían visto a los ángeles, y habían encontrado a Jesús después de su resurrección.

Regresaban ahora a su hogar para meditar y orar, con la esperanza de obtener alguna luz sobre estos sucesos tan extraños para ellos.

Mientras transitaban, un desconocido se acercó y comenzó a caminar con ellos; pero estaban tan ocupados en su conversación que apenas notaron su presencia.

Tan cargados de dolor estaban estos hombres fuertes, que lloraban mientras recorrían el camino. El corazón piadoso de Jesús sintió el deseo de consolarlos.

Como si fuera un extraño, comenzó a hablar con ellos. "Pero los ojos de ellos estaban velados, para que no lo conocieran. Él les dijo: ¿Qué pláticas son éstas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes?

"Respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le dijo:

"¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas

que en ella han acontecido en estos días?

"Entonces él les preguntó: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo". Lucas 24:16-19.

Ellos le contaron todo lo que había ocurrido y repitieron el informe de las mujeres que habían estado en la tumba temprano, esa misma mañana. El entonces dijo:

"¡Insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?

"Y comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían". Lucas 24:25-27.

Los discípulos estaban mudos de admiración y placer. No se animaban a preguntar al extranjero quién era. Lo escuchaban ávidamente mientras les explicaba la misión de Cristo.

Si el Salvador se hubiera dado a conocer de inmediato a estos discípulos, ellos habrían estado tan felices que no hubieran querido nada más. Pero era necesario que entendieran cómo su misión había sido predicha por todos los símbolos y las profecías del Antiguo Testamento. Sobre estas cosas debían fundar su fe. Cristo no realizó ningún milagro para convencerlos, sino que su primera obra consistió en explicar las Escrituras. Habían considerado su muerte como la destrucción de todas sus esperanzas. Ahora él les demostró por los profetas que ésta era la más poderosa evidencia para su fe.

Al enseñar a sus discípulos, Cristo mostró la importancia del Antiguo Testamento como un testigo de su misión. Actualmente hay muchos que rechazan el Antiguo Testamento, diciendo que ya no es necesario. Pero ésta no es la enseñanza de Cristo. Tan valioso lo consideraba, que en una ocasión dijo: "Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos". Lucas 16:31.

Mientras el sol se ponía, los discípulos llegaban a su hogar. Jesús "hizo como que iba más lejos", pero ellos no querían separarse de aquel que les había traído tanto gozo y esperanza.

De manera que le dijeron: "Quédate con nosotros, porque se hace tarde y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos". Lucas 24:28, 29.

La sencilla cena pronto estuvo lista, y Cristo ocupó su lugar a la cabecera de la mesa, como era su costumbre.

Por lo general era el deber del dueño de casa pedir la bendición sobre los alimentos; pero Cristo colocó sus manos sobre el pan y lo bendijo. En ese momento los ojos de los discípulos fueron abiertos y reconocieron a Jesús.

El acto de bendecir los alimentos, la expresión de la voz, ahora familiar, las huellas de los clavos en sus manos, todo proclamaba que era su amado Maestro.

Por un momento permanecieron fascinados; luego se levantaron para caer a sus pies y adorarlo; pero él, repentinamente desapareció.

Paz a vosotros

En su gozo se olvidaron de su hambre y cansancio. Dejaron la comida

sin probar, y se apresuraron a regresar a Jerusalén con el precioso mensaje de su Salvador resucitado.

Estaban todavía contando estas cosas a los discípulos, cuando Cristo mismo apareció en medio de ellos, y con las manos levantadas como para bendecirlos, dijo: "¡Paz a vosotros!" Lucas 24:36.

Al principio se espantaron, pero cuando les mostró las huellas de los clavos en sus manos y en sus pies, y comió con ellos, creyeron y fueron consolados. La fe y el gozo reemplazaron a la incredulidad, y con sentimientos que las palabras no pueden explicar, reconocieron a su Salvador resucitado.

Como Tomás no estaba con ellos en esta reunión, se negó a creer los informes relativos a la resurrección. Pero ocho días después Jesús apareció a los discípulos cuando Tomás estaba presente.

En esta ocasión de nuevo mostró en sus manos y en sus pies las señales de la crucifixión. Tomás se convenció de inmediato, y exclamó: "¡Señor mío, y Dios mío!" Juan 20:28.

Serán testigos

En el aposento alto Cristo explicó una vez más las Escrituras concernientes a él mismo. Les dijo entonces a los discípulos que el arrepentimiento y el perdón de los pecados debían ser predicados en su nombre entre todas las naciones, comenzando en Jerusalén.

Antes de su ascensión al cielo, les dijo: "Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra". "Yo

estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Hechos 1:8; Mateo 28:20.

Ustedes fueron testigos, les dijo, de mi vida de sacrificio en favor del mundo. Vieron que recibo generosamente a todos los que vienen a mí confesando sus pecados. Todos los que quieren, pueden ser reconciliados con Dios y tener vida eterna.

A ustedes, mis discípulos, les encomiendo este mensaje de misericordia. Debe ser llevado a todas las naciones, pueblos y gentes.

Vayan hasta los lugares más lejanos del mundo habitado. Recuerden que hasta allí los acompañará mi presencia.

La comisión del Salvador a los discípulos incluía a todos los creyentes hasta el fin del tiempo.

No todos pueden predicar ante congregaciones, pero todos pueden trabajar individualmente por las personas. Pueden atender a los que sufren, ayudar a los necesitados, consolar a los afligidos y hablar a los pecadores del amor perdonador de Cristo. Esta es la obra encomendada a cada cristiano. Quienes la hacen, son verdaderamente sus testigos.

Capítulo 29

"Este Jesús"

La obra del Salvador sobre la tierra estaba terminada. Se acercaba el momento cuando debía regresar a su hogar celestial. Había vencido y ahora estaba listo para recuperar su posición junto al Padre, en su trono de luz y de gloria.

Jesús eligió el Monte de los Olivos como lugar de su ascensión. Acompañado por los once discípulos, recorrió el camino a la montaña. Pero ellos no sabían que ésta sería la última entrevista con su Maestro. Mientras caminaban, el Salvador les dio su instrucción de despedida. Precisamente antes de dejarlos, hizo aquella preciosa promesa tan significativa para cada uno de sus seguidores:

"Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".
Mateo 28:20.

Cruzaron la cumbre, hasta llegar cerca de Betania. Aquí se detuvo, y los discípulos lo rodearon. Rayos de luz parecían irradiar de su semblante mientras los miraba con amor. Escucharon de los labios del Salvador las últimas palabras, pronunciadas con la más profunda ternura.

Con las manos extendidas en actitud de bendición, se elevó lentamente. Mientras ascendía fue seguido fijamente por las miradas de sus asombrados discípulos, que no querían perderlo de vista. Una nube de gloria lo recibió, escondiéndolo de su vista. Al mismo tiempo llegaron a sus oídos las más bellas y gozosas melodías entonadas por un coro angelical.

Vendré otra vez

Mientras los discípulos todavía tenían los ojos fijos en lo alto, oyeron unas voces que sonaban como la música más melodiosa. Se dieron vuelta y vieron a dos ángeles con apariencia de hombres que les hablaron, diciendo:

"Galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo". Hechos 1:11.

Estos ángeles pertenecían al grupo que había venido para escoltar al Salvador a su hogar celestial. Con simpatía y amor hacia aquellos que quedaban en tierra, habían permanecido junto a los discípulos para asegurarles que esta separación no sería para siempre.

Cuando sus seguidores retornaron a Jerusalén, el pueblo los miraba con asombro. Después del juicio y la crucifixión de su Maestro, era de suponer que estuvieran abatidos y avergonzados. Sus enemigos esperaban ver en sus rostros una expresión de dolor y derrota. Sin embargo, en lugar de esto, había sólo alegría y triunfo. Sus semblantes brillaban con una felicidad que no es propia de la tierra. No se lamentaban por sus esperanzas frustradas, sino que estaban llenos de alabanza y agradecimiento a Dios.

Con gran alegría contaban a todos la maravillosa historia de la resurrección de Cristo y su ascensión al cielo, y su testimonio fue aceptado por muchos.

Los discípulos no tenían ya ninguna desconfianza en el futuro. Sabían que el Salvador estaba en el cielo y que las simpatías de él los acompañaban. Sabían que estaba presentando ante Dios los méritos de su sangre, mostrando al Padre sus manos y sus pies heridos, como una evidencia del precio que

había pagado por sus redimidos.

Como sabían que vendría otra vez en compañía de todos sus santos ángeles, ahora esperaban este acontecimiento con gran gozo y anhelante anticipación.

Capítulo 30

La ascensión triunfal

Después que Jesús desapareció de la vista de los discípulos en el Monte de los Olivos, fue recibido por una hueste angelical que, con cánticos de gozo y de triunfo, lo escoltó hacia las alturas.

A la entrada de la ciudad de Dios una inmensa compañía de ángeles aguardaba su llegada. Al acercarse Cristo, los ángeles que lo escoltaban, con expresiones de triunfo, se dirigieron a los que estaban junto a los portales:

"¡Alzad, puertas, vuestras cabezas! ¡Alzaos vosotras, puertas eternas, Y entrará el Rey de gloria!"

Los ángeles que esperaban en las puertas respondieron:

"¿Quién es este Rey de gloria?"

Dijeron esto no porque no lo supieran, sino porque querían oír la respuesta de sublime loor:

"¡Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla! ¡Alzad, puertas, vuestras cabezas! ¡Alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria!"

De nuevo los ángeles que esperaban preguntaron:

"¿Quién es este Rey de gloria?"

Y la escolta respondió en tono melodioso:

"¡Es Jehová de los ejércitos! ¡El es el Rey de gloria!" Salmos 24:7-10.

Entonces los portales de la ciudad de Dios fueron abiertos de par en par y la multitud angelical pasó por ellos en medio de una explosión de música arrobadora.

Cristo triunfa

Toda la hueste celestial estaba esperando para tributar honor a su Comandante que regresaba. Deseaba volverlo a ver ocupando su lugar en el trono al Padre.

Pero él todavía no podía recibir la corona de gloria y el manto real. Tenía un pedido que presentar ante el Padre, concerniente a sus escogidos en la tierra. No podía aceptar el honor antes que, frente al universo celestial, su iglesia fuera justificada y aceptada.

Pidió que donde él estuviera, sus discípulos también pudieran estar. Si él ha de tener gloria, ellos deberán participar de ella. Aquellos que sufren con él en la tierra, reinarán con él en su reino.

Así Cristo rogó por la iglesia. Identificó sus intereses con los suyos, y con un amor y constancia más fuerte que la muerte defendió los derechos y los títulos comprados con su sangre.

La respuesta del Padre a su pedido se pronunció en la siguiente proclamación:

"Adórenlo todos los ángeles de Dios". Hebreos 1:6.

Gozosamente los directores de la hueste angelical adoraron al Redentor. La innumerable multitud de ángeles se inclinó ante él y las cortes del cielo se hicieron eco una y otra vez del gozoso clamor:

"El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza". Apocalipsis 5:12.

Los seguidores de Cristo son "aceptos en el Amado". En la presencia de la hueste angelical el Padre ratificó el pacto hecho con Cristo, por el cual reafirmó que recibirá a los hombres arrepentidos y obedientes y los amará así como ama a su Hijo. Donde esté el Redentor, estarán los redimidos.

El Hijo de Dios ha vencido al príncipe de las tinieblas, ha triunfado sobre la muerte y el pecado. Por eso los cielos resonaron con exaltadas melodías que proclaman:

"Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria, y el poder, por los siglos de los siglos". Apocalipsis 5:13.

Capítulo 31

¿Cuándo volverá Jesús?

Nuestro Salvador vendrá otra vez. Antes de partir y dejar a sus discípulos en la tierra, les dio la promesa de su regreso.

"No se turbe vuestro corazón", dijo. "En la casa de mi Padre muchas moradas hay... voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis". Juan 14:1-3.

No los dejó en la duda acerca de la forma como sucedería su venida. "Y cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de su gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones". Mateo 25:31, 32.

Con mucho cuidado los puso en guardia contra los engaños: "Así que, si os dicen: 'Mirad, está en el desierto' no salgáis; o 'Mirad, está en los aposentos', no lo creáis, porque igual que el relámpago sale del oriente y se mueve hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del hombre". Mateo 24:26, 27.

Esta advertencia es también para nosotros. Actualmente hay falsos maestros que dicen: "He aquí, en el desierto está", y miles de personas han salido al desierto deseando encontrar a Cristo.

Y muchas personas que pretenden tener comunicación con los espíritus de los muertos afirman: "He aquí, en las cámaras". Esto es lo que afirma el espiritismo.

Pero Cristo dice: "No creáis. Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre".

En el momento de la ascensión de Cristo los ángeles explicaron a los discípulos que vendría de la misma manera como lo habían visto ir al cielo. Hechos 1:11. Subió al cielo en forma corporal y ellos lo vieron cuando lo dejó y fue recibido por la nube. Regresará en una gran nube blanca, y "todo ojo le verá". Apocalipsis 1:7.

Señales en el sol

El día y la hora exactos de su venida no han sido revelados. Cristo dijo a sus discípulos que él mismo no podía decírselo, pero mencionó ciertos acontecimientos por los cuales podrían saber que su venida se acercaba:

"Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas". Lucas 21:25. Aclaró cuáles serán esas señales: "El sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo". Mateo 24:29.

En la tierra, dijo, habrá "angustia de las gentes, confundidas a causa del sonido del mar y de las olas. Los hombres quedarán sin aliento por el temor y expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra". Lucas 21:25, 26.

Y verán "al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Envió sus ángeles con gran voz de trompeta y juntarán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro". Mateo 24:30, 31.

El Salvador agregó: "De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su

rama está tierna y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas". Mateo 24:32, 33.

Cristo dio estas señales de su venida para que sepamos cuándo está cerca, a las puertas. Cuando los árboles echan sus hojas en la primavera, sabemos que el verano se acerca. Con la misma seguridad, cuando las señales aparecieran en el sol, en la luna y en las estrellas, sabríamos que su venida está cercana.

Estas señales ya aparecieron. El 19 de mayo de 1780, el sol se oscureció. Ese día se conoce en la historia como el "día oscuro". En la parte oriental de Norteamérica, tan grandes fueron las tinieblas que en muchos sitios la gente tuvo que encender las luces al mediodía. Y hasta después de la medianoche la luna, que era llena, no alumbró. Muchos creyeron que había llegado el día del juicio. Ninguna razón satisfactoria ha podido darse alguna vez de estas tinieblas inusitadas, excepto la razón encontrada en la Palabra de Cristo. El oscurecimiento del sol y de la luna fue una señal de su venida.

El 13 de noviembre de 1833 se realizó el más maravilloso despliegue de estrellas fugaces que jamás contemplaron los hombres. Nuevamente millones de personas creyeron que había llegado el día del juicio.

Desde entonces se han multiplicado los terremotos, las tempestades, los maremotos, las pestes, el hambre y las destrucciones por fuego y por inundación. Todas estas cosas, "la angustia de gentes" y "el temor" declaran que la venida del Señor se acerca.

Cristo dijo, refiriéndose a quienes habrían de presenciar estas señales: "No pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán". Mateo 24:34, 35.

"El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras". 1 Tesalonicenses 4:16-18.

Cristo volverá

Cristo volverá. Vendrá en las nubes con gran gloria y majestad. Una multitud de brillantes ángeles lo acompañará. Vendrá para resucitar a los muertos y para transformar de gloria en gloria a los fieles que estén vivos.

Vendrá para honrar a quienes lo hayan amado y guardado sus mandamientos, y los llevará consigo. No se ha olvidado de ellos ni de su promesa.

Volverán a establecerse los lazos familiares. Cuando pensamos en nuestros muertos, podemos imaginar la mañana cuando la trompeta de Dios sonará, y "los muertos serán resucitados incorruptibles y nosotros seremos transformados". 1 Corintios 15:52.

Ese día está cerca. Aún un poco más y veremos al Rey en su belleza. Un poquito, y él enjugará todas las lágrimas de nuestros ojos. Un poco de tiempo, y él nos presentará "delante de su gloria con gran alegría". Judas 24.

Por lo tanto, cuando anticipó las señales de su venida, dijo: "Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestras cabezas, porque vuestra redención está cerca". Lucas 21:28.

Capítulo 32

El día del juicio

El Día de la venida de Cristo será un día de juicio para el mundo. Las Escrituras declaran: "Vino el Señor con sus santas decenas de millares". Judas 14.

"Y serán reunidas delante de él todas las naciones; entonces apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos". Mateo 25:32.

Pero antes de ese día, Dios hace saber a los hombres lo que va a suceder. Siempre ha dado advertencias con respecto a los juicios inminentes. Algunos creyeron en ellas y obedecieron la Palabra de Dios, y escaparon así a los juicios que cayeron sobre los desobedientes y los incrédulos.

Antes de destruir al mundo por el diluvio, Dios ordenó a Noé: "Entra tú y toda tu casa en el arca, porque solo a ti he visto justo delante de mí". Génesis 7:1. Noé obedeció y se salvó. Antes de la destrucción de Sodoma, los ángeles llevaron a Lot el mensaje: "¡Levantaos, salid de este lugar, porque Jehová va a destruir esta ciudad!" Génesis 19:14. Lot escuchó el aviso y también se salvó.

Así también ahora se nos anuncia acerca de la segunda venida de Cristo y de la destrucción que caerá sobre el mundo, y todos los que escuchen la advertencia serán salvados.

Los justos, al contemplar a Cristo en su venida, exclamarán: "¡He aquí, este es nuestro Dios! Le hemos esperado, y nos salvará". Isaías 25:9.

Como no conocemos el tiempo exacto de su venida, se nos ordena velar. "Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando". Lucas 12:37.

Pero los que esperamos la venida del Señor no debemos esperar ociosos. La expectativa de su venida debe llevarnos a temer los juicios que Dios enviará a los transgresores y a arrepentirnos de haber pecado, de haber quebrantado los mandamientos de Dios.

Mientras esperamos la venida del Señor, debemos trabajar diligentemente. Saber que Cristo está a las puertas debe inducirnos a obrar con más fervor por la salvación de nuestros semejantes. Así como Noé dio la advertencia de Dios a los antediluvianos, todos los que entienden la Palabra de Dios deben dar la amonestación a la gente en este tiempo.

"Pero como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre, pues como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre". Mateo 24:37-39.

En los días de Noé la gente abusó de los dones que Dios le había dado. Su forma de comer y beber los condujo a la glotonería y a la embriaguez.

Olvidaron a Dios y se entregaron a toda clase de actos viles y abominables.

"Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón solo era de continuo el mal". Génesis 6:5. Debido a su maldad, el pueblo de ese tiempo fue

destruido.

Los hombres hoy hacen lo mismo. La glotonería, la intemperancia, las pasiones indomables, las malas prácticas llenan la tierra de maldad.

En los días de Noé el mundo fue destruido por el agua. La Palabra de Dios enseña que ahora será destruido por el fuego.

"Por la palabra de Dios... el mundo de entonces pereció anegado en agua. Pero los cielos y la tierra que existen ahora están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos". 2 Pedro 3:5-7.

Estén alertas

La gente antes del diluvio se burlaba de las advertencias de Dios. Decían que Noé era un fanático y alarmista. Hombres importantes y eruditos declaraban que un diluvio de aguas como el anunciado por Noé nunca había ocurrido, y que jamás ocurriría.

Así también hoy se presta poca atención a la Palabra de Dios. Los hombres se ríen de sus amonestaciones. Las multitudes dicen: "Todas las cosas continúan como fueron desde el principio del mundo. No hay nada que temer".

Entre tanto la destrucción se acerca. Mientras los hombres preguntan en tono burlesco: "¿Dónde está la promesa de su advenimiento?", las señales se están cumpliendo.

"Cuando digan: 'Paz y seguridad', entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina... y no escaparán". 1 Tesalonicenses 5:3.

Cristo dice: "Si no velas, vendré sobre ti como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti". Apocalipsis 3:3.

Actualmente los hombres todavía están preocupados tan sólo de comer y beber, plantar y edificar, casarse y darse en casamiento. Los hombres continúan luchando por alcanzar el poder. Los amantes de los placeres llenan los teatros, los hipódromos, las casas de juego. Por todas partes prevalece la excitación. Sin embargo, el tiempo de gracia se está agotando rápidamente y la puerta de la misericordia pronto se cerrará para siempre.

Precisamente para nuestro tiempo fueron dirigidas las palabras de advertencia del Salvador:

"Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de las preocupaciones de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día". Lucas 21:34.

"Velad pues, orando en todo tiempo que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre". Lucas 21:36.

Capítulo 33

El hogar de la dicha eterna

En ocasión de la venida de Cristo será tiempo de destrucción sólo para quienes no lo aceptaron. Simultáneamente será un día de redención no solo para el pueblo de Dios, sino también para toda la tierra.

Dios creó el planeta para que fuera el hogar del hombre. Adán vivió aquí en un jardín de delicias que el mismo Creador había embellecido. Aunque el pecado echó a perder la obra de Dios, la raza humana no ha sido abandonada por su Creador; ni el propósito divino para la tierra fue puesto a un lado.

Este planeta ha sido visitado por los ángeles con el mensaje de redención, y en las colinas y valles han resonado sus cantos de regocijo. Los pies del Hijo de Dios recorrieron el suelo de este mundo. Durante más de seis mil años, en sus formas de belleza y sus dones para el sostén de la vida, la tierra ha dado testimonio del amor del Creador.

La misma tierra, libre de la maldición del pecado, ha de ser el hogar eterno del hombre. La Biblia dice que Dios "no la creó en vano, sino para que fuera habitada la creó". Isaías 45:18.

Y "todo lo que Dios hace, es perpetuo". Eclesiastés 3:14.

Así, en el Sermón del Monte el Salvador declaró: "Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad". Mateo 5:5.

El salmista, siglos antes había escrito: "Pero los mansos heredarán la

tierra y se recrearán con abundancia la paz". Salmos 37:11.

Esto concuerda con otros testimonios de las Escrituras: "Ciertamente el justo recibe su paga en la tierra". Ellos "heredarán la tierra y vivirán para siempre en ella". Proverbios 11:31; Salmos 37:29.

Cielos nuevos y tierra nueva

Es cierto que el fuego del día final ha de destruir "los cielos y la tierra que existen ahora"; pero según su promesa surgirán "cielos nuevos y tierra nueva". 2 Pedro 3:7, 13. Los cielos y la tierra serán renovados.

"Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman". 1 Corintios 2:9.

Ningún lenguaje humano puede describir plenamente la recompensa de los justos. Será conocida tan sólo por aquellos que lo experimenten. No podemos comprender la gloria del paraíso de Dios.

Sin embargo, podemos vislumbrarla y entreverla en parte, porque "Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu". 1 Corintios 2:10. Las descripciones que la Biblia presenta de aquella tierra nueva son sumamente preciosas para nuestros corazones.

Allí el divino Pastor conduce a su rebaño a las fuentes de agua viva. En medio del paraíso está el árbol de la vida, que produce cada mes su fruto y sus hojas son para el servicio de las naciones.

Hay allí corrientes de agua que fluyen constantemente, claras como el cristal, y a su vera, árboles frondosos proyectan su sombra sobre los senderos preparados para los redimidos por el Señor. Allí las amplias llanuras se

extienden entre colinas muy bellas, y entre montañas que elevan sus encumbrados picos. En aquellas pacíficas planicies, junto a corrientes de agua viva, el pueblo de Dios, que por tanto tiempo fue peregrino y errante, encontrará su hogar.

"Y mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras y en lugares de reposo". "Nunca más se hablará de violencia en tu tierra, ni de destrucción o quebrantamiento en tu territorio, sino que llamarás 'Salvación' a tus muros, y a tus puertas 'Alabanza'". Isaías 32:18; 60:18.

"Edificarán casas y morarán en ellas; plantarán viñas y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite ni plantarán para que otro coma... mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos". Isaías 65:21, 22.

"Se alegrarán el desierto y el erial; la estepa gozará y florecerá como la rosa". "En lugar de la zarza crecerá ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá arrayán". Isaías 35:1; 55:13.

"Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará... y un niño los pastoreará". "No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte", dijo el Señor. Isaías 11:6, 9.

No habrá más lágrimas, ni cortejos fúnebres, ni luto. "Y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor... porque las primeras cosas ya pasaron". "No dirá el morador: 'Estoy enfermo'. Al pueblo que more en ella, le será perdonada la iniquidad". Apocalipsis 21:4; Isaías 33:24.

La nueva Jerusalén

Allí está la nueva Jerusalén, la capital de la tierra renovada, "corona de gloria en la mano de Jehová y diadema de realeza en la mano del Dios tuyo".

Su luz es "semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal". "Las naciones que hayan sido salvas andarán a la luz de ella y los reyes de la tierra traerán su gloria y su honor a ella". Isaías 62:3; Apocalipsis 21:11, 24.

El Señor dice: "Yo me alegraré con Jerusalén y me gozaré con mi pueblo". "El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. El morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios". Isaías 65:19; Apocalipsis 21:3.

En la tierra nueva sólo habitará la justicia. "No entrará en ella ninguna cosa impura o que haga abominación y mentira". Apocalipsis 21:27.

La santa ley de Dios será honrada por todos debajo del sol. Los que han demostrado ser fieles a Dios observando sus mandamientos, vivirán con él.

"En sus bocas no fue hallada mentira". "Estos son los que han salido de la gran tribulación; han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios y le sirven día y noche en su templo". Apocalipsis 14:5; 7:14, 15.

"Los mandamientos de Jehová son rectos... en guardarlos hay gran recompensa". Salmos 19:8, 11.

"Bienaventurados los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas en la ciudad". Apocalipsis 22:14.